



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

2

El niño y la familia

RICARDO MARÍN IBÁÑEZ / UNED

- 2.1 *Visión general*
- 2.2 *Actitud de respeto y autoridad hacia los padres*
- 2.3 *Colaboración en las tareas del hogar*
- 2.4 *Actividades comunes en la familia*
 - 2.4.1 *Actividades en casa*
 - 2.4.2 *Actividades familiares fuera del hogar*
 - 2.4.3 *Actividades deseadas*
 - 2.4.4 *Comparación valorativa entre la vida familiar y otras actividades del niño*
- 2.5 *¿Cómo percibe el niño su ámbito de libertad en la vida familiar?*
- 2.6 *La percepción de los roles familiares por los niños*
- 2.7 *Los hermanos*
- 2.8 *Premios y castigos*
- 2.9 *Importancia de las cosas materiales*
- 2.10 *Reacción de los niños ante los estereotipos familiares*
- 2.11 *Valoración general de la vida familiar*

2.1 Visión general

Para analizar cómo valora el niño la familia, vamos a contemplar el tema desde varios ángulos. ¿Cuál es el prestigio que tienen los padres para el niño, el respeto que le merecen y cómo recurre a su autoridad o, al menos, ésta es fundamental para entender su conducta? ¿Se siente el niño libre o coaccionado en la vida familiar? Es clásico recurrir al premio y al castigo para estimular las conductas positivas o retraerle de las negativas. ¿Cómo vive el niño de hoy los premios o los castigos, los estímulos positivos o negativos con los que los padres pretenden configurar su comportamiento? ¿Cómo percibe el niño los roles del padre y de la madre? ¿Cuál es su participación en las actividades hogareñas? ¿Comparte tareas y responsabilidades en esa difícil relación de fun-

ciones donde el trabajo de la mujer y del hombre hace más costoso atender a las numerosas tareas familiares? ¿Cómo valora el niño las horas que pasa en casa, comparadas con las del colegio, las actividades en la calle o con los amigos? ¿Cómo percibe las relaciones con sus hermanos? ¿Cómo reacciona ante esos estereotipos generales que convierten en tópico las malas relaciones familiares, el distanciamiento de padres e hijos o que los padres, agobiados con sus tareas, dedican poco tiempo a sus hijos? ¿Cuál es en definitiva la valoración global de la familia para los niños de hoy? Éstos son algunos de los problemas que pretendemos desvelar a través de las respuestas al cuestionario. Veámoslas siguiendo el orden aproximado de estas preguntas que nos hemos formulado y que determinaron los ítems de la encuesta en lo referente a la vida familiar.

TABLA 2.1
¿Cuántas veces realizas estas actividades?

ACTIVIDADES	Nunca o casi nunca	Una o dos veces al año	Una o dos veces al mes	Una o dos veces a la semana	A diario o casi a diario	Media sobre 5
Ir a comer fuera de casa con los padres	17,0	25,6	31,8	19,4	3,1	2,7
Ayudar a poner la mesa en casa	35,8	23,1	27,6	10,5	3,0	3,8
Hacerme la cama en casa	24,2	13,0	22,7	21,3	18,9	3,0
Quitar la mesa en casa	26,4	20,9	25,0	16,6	11,2	3,3
Guardar los juguetes cuando he terminado de jugar	52,9	17,0	16,3	9,9	3,9	4,1

Con objeto de ofrecer una visión más global y aproximar los ítems que tienen cierta afinidad, presentamos las *Tablas 2.1* y *2.2*, articuladas por el tipo de preguntas, lo que permite, no sólo resumir resultados, sino entender mejor las respuestas en la estructura del cuestionario.

Agrupamos por una parte los valores «muy de acuerdo» y «de acuerdo», y por otra los «en desacuerdo» y «muy en desacuerdo». Sólo comentamos el punto de indiferencia cuando es una cifra elevada.

La cota más alta la consigue «me gusta celebrar mi cumpleaños», (*Tabla 2.2*), con un 89,4 %, dato que parece obvio y que implica a su vez otros valores, donde se conjuga el interés por la propia casa, los amigos, la fiesta, los regalos, la alegría...

Los altos porcentajes registrados en la valoración positiva de estar juntos con los padres en los tiempos de ocio siguen esta constante de buenas relaciones familiares. Un 66,5 % declaran que les gusta ir de compras con los padres, y un 61,1 % están de acuerdo en que «los fines de semana hay que salir con la familia» (*Tabla 2.2*).

Sólo una quinta parte suscriben la idea de que «los padres castigan mucho a los hijos», en tanto que los 2/3 rechazan esta idea, lo cual indica que los padres suelen emplear de forma mesurada y racional los castigos, pero ese 21,1 % que se sienten castigados en exceso, merecen una meditación por parte de los padres, aun contando con una proporción de niños que consideran excesivo lo que sencillamente es justo.

La percepción del ámbito de libertad que se les concede es menos positivo. La mitad reconocen que les dejan hacer sus padres lo mismo que a sus

amigos, pero hay casi un 29,4 % que tienen una opinión distinta, pues creen que sus compañeros gozan de más autonomía. Aun contando con más de 1/5 de indiferentes, se observa el valor ascendente de la libertad, de un ámbito y un tiempo más dilatado para las decisiones y la autoafirmación personal.

En lo referente a los roles tradicionales, 2/3 se oponen a la idea de que las mujeres no deben trabajar y los hombres no deben cocinar, en tanto que menos de una quinta parte se mantienen fieles a ese rol tradicional, que tal vez viven en sus respectivas familias. El valor de la maternidad sigue siendo defendido por los niños. Un 42,2 % están de acuerdo en que lo más importante para una mujer es que tenga hijos, aunque un 28,0 % no comparten esta idea y aun queda un 29,7 % de indiferentes. Aquí se percibe el choque de roles entre la función social de la mujer, su compromiso con profesiones extrahogareñas y el valor de la maternidad también reconocido: la prueba es el interés por tener hermanos. La división del trabajo dentro del ámbito familiar, que es una realidad sociológica creciente y hasta un imperativo ético si la mujer trabaja fuera de su domicilio, viene reconocido por dos actividades muy concretas que implican la colaboración del niño en las ocupaciones hogareñas. Un 60,6 % declaran que les gusta ayudar en las tareas de casa, y sólo a un 13,6 % les desagrada, y aunque parezca que los niños lo desordenan todo, confiando en que la madre colocará cada cosa en su sitio, un 84,8 % rechazan la idea de que las madres deben recoger los juguetes después de jugar los niños y sólo un residual 7,5 % están dispuestos a que la madre haga lo que a ellos les corresponde.

TABLA 2.2
Di si estás de
acuerdo o no con
las frases que
aparecen en este
cuadro

FRASES	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo	Media sobre 5
Mis amigos hacen cosas que a mí no me dejan	10,1	19,3	22,1	20,6	27,9	2,6
Los padres castigan mucho a los hijos	8,9	12,2	18,0	29,2	31,7	2,4
No me gustan las reuniones familiares	15,3	11,6	23,5	17,7	32,0	2,6
Me gusta celebrar mi cumpleaños	71,8	17,5	6,4	2,1	2,2	4,5
Las mujeres/chicas no deberían trabajar	10,8	7,0	14,7	16,4	51,1	2,1
Los hombres no deberían cocinar	12,1	5,9	17,3	19,1	45,3	2,2
Las madres deben recoger los juguetes después de jugar los niños	4,9	2,6	7,7	22,2	62,6	1,7
Me gusta ir de compras con mis padres	34,9	31,6	22,1	5,8	5,6	3,8
Me gusta ayudar en las tareas de casa	23,3	37,3	25,8	7,1	6,2	3,6
Prefiero ir de excursión con mis padres que con mis amigos	16,3	12,8	41,8	16,4	12,8	3,0
Los fines de semana hay que salir con la familia	36,2	24,9	26,1	9,0	3,6	3,8
Lo más importante para una mujer es que tenga hijos	20,0	22,2	29,7	15,2	12,8	3,2

Un dato sintomático lo ofrece el ítem «prefiero ir de excursión con mis padres que con mis amigos» (Tabla 2.2). Idéntica cifra alcanza el grupo de los que prefieren ir de excursión con sus padres antes que con sus amigos, y los que invierten esta estimación. Hay que destacar un 41,8 % de indecisos, la cifra más alta de los que no se han inclinado a una u otra opción, lo que revela que estamos en un momento clave, límite, auroral, en el que emergen los valores extrafamiliares. Hay una progresiva inclinación hacia el exterior, hacia una vida más difícil, pero a la que inevitablemente se siente inclinado el niño para su propia autorrealización.

En la Tabla 2.3 se encuentran juicios de diverso signo para evaluar el clima de convivencia familiar. A pesar de la afirmación generalizada de la independencia del niño, que no tolera cortapisas, freno ni castigo, sin embargo el ítem final no confirma este tópico. La afirmación «Mis padres me castigan sin motivo muchas veces», la rechazan un 75,7 % y sólo un 14,0 % la comparten. Un 61,1 % muestran su desacuerdo con que «es

mejor comer en una hamburguesería que en casa», y sólo una quinta parte la suscriben. Esto puede interpretarse como que la casa es un sitio seguro, acogedor, pero también sencillamente que en casa se guisa mejor, puesto que a una ligera mayoría (36,8 %) les parece «más divertido estar en la calle que en casa», y sólo a un 25,5 % rechazan la idea, si bien 2/5 del total no opinan. Ese casi equilibrio entre la casa y la calle puede también explicarse por la progresiva inclinación a salir de la tutela familiar. Hay datos que obligan a matizar la información. Mientras el ítem «prefiero quedarme en casa que salir con mis padres» parece revelar la presencia grata de los padres, pues un 63,6 % rechazan la afirmación de que «prefieren quedarse en casa antes que salir con sus padres», sin embargo el diálogo familiar durante la comida no parece ser intenso. Mientras comen, ven la televisión un 54,4 %, y sólo un 20,4 % no la contemplan. El imperio de la televisión y su influencia resulta patente en estas edades y contrapesa la de los padres. Como los modelos de conducta que se perciben en televi-

TABLA 2.3
Di si estás de acuerdo o no con las frases que aparecen a continuación

FRASES	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo	Media sobre 5
Mientras como veo la TV Debo ser yo quien elija la ropa que debo llevar y no mi madre	27,8	26,6	25,2	10,5	9,9	3,5
Es mejor comer en una hamburguesería que en casa	38,3	18,0	23,7	8,5	11,4	3,6
Es más divertido estar en la calle que en casa	10,4	8,1	20,4	22,8	38,3	2,3
Prefiero quedarme en casa que salir con mis padres	19,5	17,3	37,7	12,3	13,2	3,2
Mis padres me castigan sin motivo muchas veces	5,5	6,0	24,9	26,7	36,9	2,2
	5,8	8,2	10,3	22,2	53,5	1,9

sión no siempre son los ideales y ejemplares, tendrán los padres que ayudar a sus hijos para que la analicen críticamente, interpreten los mensajes, descubran las motivaciones y sepan cribar valores de antivalores. Otro rasgo, indicador de la independencia naciente y creciente, es que un 56,3 % piensan que «deben ser ellos quienes elijan la ropa que deben llevar y no sus madres», frente al 19,9 %, que se resignan a que la madre escoja el vestido. Este punto sensible, revela la progresiva autonomía (Tabla 2.3).

Dado que en la Tabla 2.4 la contraposición nítida se da entre «mucha importancia» y «nada importante», vamos a centrarnos en esas columnas, porque las matizaciones intermedias entre algo, indiferente o poco, son menos pronunciadas.

La cifra más elevada de aceptación la obtiene «tener hermanos», con más de un 80,4 %, y también tiene mucha importancia para un 67,9 % el hecho de que «alguno de sus hermanos tenga problemas».

Las relaciones con los padres se revelan muy positivas. Conceden mucha importancia a «ver triste a alguno de sus padres» el 82,1 %, un 72,6 % a «hacer lo que dicen sus padres», a «estar con sus padres» el 70,6 %, a «hablar un rato con sus padres en algún momento del día» el 65,6 % y un 50,3 % quieren que sus padres jueguen con ellos, y aunque parece que la cifra ha descendido, sólo un 3,0 % no dan valor a esto último.

Hay otro grupo de afirmaciones referidas al mundo económico, al de las cosas que se poseen, y al dinero. De los ítems referentes a la economía, pudiéramos concluir que se comprueba un

buen nivel ético. Es posible que lo que el niño formule no sea algo que realmente prefiera o le interese, sino un eco de lo que oye en clase, de los valores desiderativos, de lo que se le enseña, pero ya es importante que muestre actitudes de esta naturaleza. No hay ningún motivo para sospechar insinceridad. Esta lenta asimilación de valores es un fenómeno sociológico general, y bueno es que su «ethos», es decir, el perfil valoral de los jóvenes, tenga estas líneas de fuerzas claramente positivas.

Enumeramos los ítems de mayor a menor para que nos dé idea de la orografía de sus preferencias. Hay un 60,0 % que le dan mucha importancia a «tener dinero para ahorrar» (sólo un 1,8 % rechazan esta idea). En cambio, cuando se trata de dinero para gastar, frente a un 19,4 % que le dan mucha importancia, un 14,8 % no le dan ninguna, es decir, que se valora mucho más positivamente el ahorro que el gasto. Ojalá que ésta fuese la estimativa de las generaciones maduras. Se oye por doquier que los niños se enorgullecen de que sus padres tengan un coche caro: pues bien, en la encuesta, el 30,2 % no conceden importancia alguna a este hecho, y sólo el 10,6 % le otorgan mucha importancia. Tampoco parecen valorar el usar ropa de marcas caras, puesto que el 38,7 % confiesan que no le dan valor alguno, frente al 11,3 % que piensan lo contrario. Tampoco el afán de acumular cosas, que es lo típico de una civilización de consumo, impresiona a los niños, pues al 34,3 % les trae sin cuidado tener muchas cosas, y sólo el 14,5 % las tiene en la mayor estima. En cambio, cuando se trata de sus

TABLA 2.4
¿Qué grado de importancia tiene para ti?

PROPOSICIONES	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante	Media sobre 5
Tener hermanos	80,4	10,1	4,6	1,6	3,3	4,6
Tener dinero para gastar	19,4	33,3	18,9	13,5	14,8	3,3
Tener dinero para ahorrar	60,0	26,7	7,4	4,1	1,8	4,4
Hacer lo que dicen mis padres	72,6	19,8	5,0	1,6	1,1	4,6
Que alguno de mis hermanos tenga un problema	67,9	13,2	5,4	2,7	10,8	4,2
Que me castiguen en casa por algo que he hecho mal	53,8	22,1	11,3	5,9	6,8	4,1
Ver triste a alguno de mis padres	82,1	4,7	1,9	2,2	9,1	4,5
Llevar ropa de moda	23,6	25,0	26,1	10,9	14,4	3,3
Usar ropa de marcas conocidas	15,5	22,4	29,2	11,5	21,3	3,0
Tener muchas cosas aunque no las use	14,5	10,7	23,6	16,9	34,3	2,5
Usar ropa de marcas caras	11,3	12,9	21,9	15,2	38,7	2,4
Tener los discos de moda en tu casa	21,0	21,9	25,1	13,1	18,9	3,1
Que mis padres tengan un coche caro	10,6	15,9	29,4	13,9	30,2	2,6
Que mis padres jueguen conmigo	50,3	25,6	16,7	4,4	3,0	4,2
Hablar un rato con mis padres en algún momento del día	65,6	23,4	7,3	2,6	1,1	4,5
Estar con mis padres los fines de semana	70,6	17,9	7,8	2,3	1,3	4,5

vestidos, ya se van desdibujando las fronteras, y la influencia del medio ambiente es superior. «Llevar ropa de moda» tiene mucha importancia para el 23,6 %, y para el 14,4 % ninguna. En cambio, usar ropa de marcas conocidas es importante para el 15,5 %, frente a un 21,3 % que no le otorgan ningún valor. El vestido es algo más cercano y cotidiano, objeto de comentarios permanentes, especialmente en las niñas. La vanidad, el deseo de agradar, puede contribuir a este equilibrio entre los que aceptan y los que rechazan. En la civilización del consumo se valora tener cosas por encima de las relaciones interpersonales, pero esto no ha hecho mella, o al menos no se considera como valor prioritario en los niños, en clara diferencia respecto a las generaciones mayores, acerca del valor económico.

Esta prioridad de lo personal se constata en el ítem «que me castiguen en casa por algo que he hecho mal» (Tabla 2.4), donde un 53,8 % son muy

sensibles a que les castiguen, frente a un 6,8 % que piensan lo contrario. Sin embargo, esta pregunta resulta ya más ambigua en el conjunto, menos definitiva, porque ¿a quién no le importa que le castiguen?

En la Tabla 2.5 aparecen dos grupos de preguntas —la 1.^a, 2.^a y 4.^a—, que se refieren a la actitud del niño ante el dinero. Las otras tres revelan su reacción respecto a las afirmaciones que se encuentran en el medio social, quizá entre sus compañeros, y que permiten interpretar cómo valora a sus padres, sus opiniones y sus intenciones.

Respecto de la actitud del niño ante el dinero, nos encontramos con un rechazo casi generalizado de las afirmaciones que sobrevaloran la economía. Colocamos en primer lugar la cifra de los que rechazan la afirmación, y después, tras una barra, los que están de acuerdo con ella, para comprobar el desnivel entre una y otra actitudes.

TABLA 2.5
Habitualmente se oyen afirmaciones sobre la vida como las que aparecen a continuación. Dinos tu grado de acuerdo o desacuerdo con ellas

AFIRMACIONES	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo	Media sobre 5
El dinero es lo más importante del mundo	3,6	9,5	17,5	27,9	41,5	2,1
La felicidad sin dinero es un sueño tonto	5,8	7,6	17,6	25,7	43,2	2,1
Los mayores van a lo suyo	12,2	13,2	25,8	25,1	23,6	2,7
Los ricos lo consiguen todo	14,5	9,6	13,8	26,1	36,0	2,4
Mi padre siempre tiene razón	21,9	19,5	25,9	23,5	9,2	3,2
Los mayores no entienden nada	5,7	8,0	22,1	30,6	33,6	2,2

Como siempre, los ordenamos del valor más alto al más bajo, en este caso con el rechazo más alto: (Tabla 2.5).

— «El dinero es lo más importante del mundo»: 69,4 % lo rechazan y sólo 13,1 % lo afirman.

— «La felicidad sin dinero es un sueño tonto»: 68,9/13,4.

— «Los ricos lo consiguen todo»: 62,1/24,1.

En cuanto a las intenciones y al grado de acierto de los padres, nos encontramos que de las tres afirmaciones:

— «Los mayores no entienden nada»: 64,2 rechazos contra 13,7 que lo sostienen.

— «Los mayores van a lo suyo», 48,7/25,4.

Queda un ítem sin ese carácter dogmático y de «siempre». Tal vez tendría unos valores similares. Aun así, la afirmación de que «Mi padre siempre tiene razón», hay un 41,4 que la defienden frente a un 32,7 que la rechazan.

Tanto en la actitud hacia el dinero, que sin duda no colocan como valor supremo los niños; como ante los padres, y sus opiniones e intenciones, podemos afirmar que el clima valoral de los niños tiene un signo éticamente positivo.

La visión global que ofrece la Tabla 2.6 acerca de cómo perciben los niños la familia, los padres, es ciertamente optimista. La actitud negativa, de confrontación, de progresivo distanciamiento, no aparece en el trabajo. Para analizar los datos, agrupamos las categorías que implican una actitud positiva hacia la familia y nos limitamos a enumerarlas siguiendo el orden de preferencias de los sujetos y seguido de la cifra en que se globalizan las columnas «muy de acuerdo» y «de acuerdo» porque son claramente indicativas de la

valoración positiva de la realidad mencionada. En los ítems que tienen una formulación negativa, es decir, que indican que las relaciones familiares no son gratas, contemplamos que hay una mayoría de «desacuerdos» y éstos también los enumeramos de más a menos, considerando que el mayor rechazo de un ítem negativo indica una actitud positiva mayor hacia la familia:

«La familia ayuda» (97,9 %); «Mis padres me tratan bien» (96,1 %); «Cuando hago algo bien, mis padres lo notan y están satisfechos» (91,9 %); «Sacar buenas notas es muy importante para mis padres» (89 %); «Cuando las cosas van mal, la familia está conmigo» (87,8 %); «Cuando tengo problemas, recorro a mis padres» (80,6 %); «Mis padres respetan mis opiniones aun cuando sean diferentes de las suyas» (67,7 %); «Mis padres se preocupan en exceso por mí» (66,9 %).

Si contemplamos ahora los ítems de formulación negativa, el orden de estos rechazos es el siguiente: «No me atrevo a hablar con mis padres» (74,8 %); «Mis padres son demasiado severos conmigo» (71,2 %).

El único ítem en el cual están casi equilibrados acuerdos y desacuerdos es en «Estoy mejor en casa que en el colegio». En tanto un 35,2 % declaran que prefieren estar en casa o al menos que se sienten mejor, otro 29,8 % afirman que están mejor en el colegio. Ciertamente, la actitud positiva hacia la casa no se contrapone al colegio, y los padres tampoco estarán descontentos de que el hijo valore el colegio, en el que ciertamente desearán que esté a gusto, como una garantía del éxito en los estudios, una de cuyas condiciones es la motivación positiva y un indicador no desde-

TABLA 2.6
A continuación me gustaría que valoraras algunas afirmaciones de cosas que ocurren o sientes en tu familia o escuela

AFIRMACIONES	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo	Media sobre 5
La familia ayuda	74,3	23,6	1,5	0,1	0,4	4,7
Mis padres son demasiado severos conmigo	5,0	6,9	16,9	32,2	39,0	2,1
Mis padres me tratan bien	73,2	22,9	2,7	0,6	0,6	4,7
No me atrevo a hablar con mis padres	6,3	6,3	12,5	26,4	48,4	2,0
Estoy mejor en casa que en el colegio	18,0	17,2	35,0	16,1	13,7	3,1
Cuando las cosas van mal la familia siempre está conmigo	61,0	26,8	8,0	2,1	2,1	4,4
Mis padres respetan mis opiniones cuando son diferentes de las suyas	37,4	30,3	20,4	7,5	4,4	3,9
Mis padres se preocupan en exceso por mí	43,7	23,2	17,4	11,0	4,5	3,9
Sacar buenas notas es muy importante para mis padres	66,3	22,7	6,5	3,1	1,4	4,5
Cuando tengo problemas recurro a mis padres	50,9	29,7	13,2	4,1	2,1	4,2
Cuando hago algo bien mis padres lo notan y están satisfechos	65,1	26,8	5,8	1,4	0,9	4,5
A mis padres les cuesta darme la paga	12,7	11,1	23,5	23,6	29,1	2,5

ñable es lo a gusto que se siente el alumno en el ámbito escolar (Tabla 2.6).

En conjunto, la Tabla 2.7 viene a revelar un hecho reiterado desde todos los ángulos: la valoración positiva que el niño hace de la familia, mucho más allá de los tópicos al uso y de las rebeldías generalizadas, según afirmaciones del dominio público, que no corresponden a los datos obtenidos en nuestro trabajo.

El primer ítem es profundamente revelador. Agrupamos los datos. Por una parte, «siempre» y «muchas veces»; por otra parte, «pocas veces» y «nunca». Un 92,3 % están «de acuerdo» en que en la familia se puede confiar. Cuando los niños expresan una opinión, sus padres la respetan, según el 74,1 %. 3/4 partes rechazan la idea de que los padres se comportan con dureza. Que los padres son justos con los hermanos lo suscriben el 81,5 %. Casi los 2/3 sostienen que cuando los padres castigan, lo es merecidamente, y sólo 1/5 parte lo rechazan. Y eso en una decisión tan crítica como es la de enjuiciar el castigo que le imponen, y además reconocer que es merecido.

Una repulsa casi unánime obtiene la afirmación «los padres pasan de mí con frecuencia», pues un 87,6 % se oponen y sólo un modestísimo 5,7 % la suscriben.

Hay dos datos en los que las actitudes no están definidas, lo cual puede ser una prueba de que no se ha respondido de una manera ligera y por contaminación de unas preguntas a otras. Muchos aseguran que los padres miman a sus hijos en exceso, y casi les «compran» las buenas notas con una abundancia de refuerzos positivos, quizá contraproducente. Sin embargo, este dato no aparece, o no con la generalidad y rotundidad del tópico, en la tabla citada, puesto que si hay un 44,0 % que confiesan recibir regalos si sacan buenas notas, un 32,4 % sostienen que nunca o raras veces, y todavía queda un 23,5 % de quienes los reciben sólo algunas veces. Nos encontramos pues con un 55,9 % que, de manera muy esporádica o nunca, reciben premios por las notas obtenidas. Habría que seguir profundizando para determinar en qué momento, en qué condiciones, en qué cuantía, el premio es adecuado, estimulante, edu-

TABLA 2.7
Valora algunas afirmaciones de cosas que ocurren o sienten en tu familia o escuela

AFIRMACIONES	Siempre	Muchas veces	Algunas veces	Pocas veces	Nunca	Media sobre 5
En la familia se puede confiar	71,9	20,4	5,4	1,2	1,1	4,6
Confío en mis hermanos cuando tengo problemas	39,1	22,9	19,9	7,3	10,8	3,7
Mis padres me regalan algo cuando saco buenas notas	29,1	14,9	23,5	14,9	17,5	3,2
Mis padres pasan de mí con frecuencia	3,2	2,5	6,7	16,1	71,5	1,5
Mis padres me castigan merecidamente	41,5	15,5	22,0	12,9	8,1	3,7
Mis padres son justos entre los hermanos	61,6	19,9	12,9	2,8	2,7	4,3
Cuando expreso una opinión mis padres la respetan	48,4	25,7	19,1	4,5	2,3	3,3
Cuando llego a casa tengo que dar explicaciones sobre donde he estado	30,3	17,5	21,5	15,9	14,8	3,3
Mis padres son duros conmigo	3,3	3,2	18,2	29,2	46,1	1,9

cativo, pero quede por el momento como pregunta abierta, como tantas otras, para futuras investigaciones.

También es un dato digno de comentario el hecho de que cuando llegan a casa los niños entre 8 y 14 años, una mitad escasa han de explicar dónde han estado, pero a otra mitad cumplida sólo se lo exigen algunas veces, pocas o nunca. ¿Implica esto un descuido, un abandono, un desinterés por lo que hace el hijo? ¿Es una medida prudencial para no exacerbar ni preguntar lo que no va a ser respondido, pues todos acaban diciendo que «por ahí», que es el lugar geométrico donde se encuentran todos los jóvenes? En cualquier caso, este punto merece mayores precisiones sobre el tipo de explicaciones, el momento, el tono, la adecuación y la conjugación de una cierta libertad y una responsabilidad que debe ir creciendo al mismo compás (Tabla 2.7).

Cuando la pregunta sólo ha tenido carácter de alternativa, las cifras se hacen más elevadas y se

definen mejor las posiciones (Tabla 2.8). Con esta técnica, las preferencias de estar con los padres más que con los amigos se duplican, frente a otros ítems anteriores, donde se equilibraban. Asimismo, antes que estar solo en el cuarto, se prefiere estar con la familia (77,4%), lo que revela que la soledad en este momento no es un valor fundamental, y se necesita la compañía de padres y hermanos. Hay una ligera ventaja de aquellos a quienes les gusta comentar las incidencias del día en torno a la mesa. Esto debe hacer meditar a los padres y llevarles a la conclusión de que es más importante la relación interpersonal que la televisión, que las cosas poseídas y que nuestras ocupaciones profesionales, cuando frenan o impiden una más honda comunicación familiar.

El panorama demográfico revela una situación general. El 8,4% afirman ser hijos únicos; hay un 45,5% que tienen un hermano; y con dos hermanos encontramos un 26,0%; después, ya las ci-

TABLA 2.8
Grado de preferencias alternativas

Pasar los fines de semana con tus padres	66,7 %	o con tus amigos	33,3 %
Estar sólo en mi cuarto	22,5 %	o en la sala con la familia	77,4 %
Ver la televisión	48,9 %	o comentar las incidencias del día en la comida o en la cena	51,0 %

HERMANOS	Ninguno	Uno	Dos	Tres	Cuatro	Cinco	Seis	Siete	Ocho	Nueve
Número	8,4 %	15,5 %	26,0 %	11,2 %	4,8 %	2,4 %	0,6 %	0,5 %	0,4 %	0,1 %

TABLA 2.9
¿Cuántos hermanos tienes?

fras se reducen drásticamente. Es, pues, la familia de dos hermanos el hecho sociológico más frecuente, seguido por las de tres, y el resto ya en posición muy minoritaria (Tabla 2.9).

2.2 Actitud de respeto y autoridad hacia los padres

Impera la opinión de que los niños, incluso en la escuela primaria, se alejan de los padres y de que el modelo paterno cada vez influye menos en su comportamiento. Sin embargo, un 92,4 % dicen que es importante hacer lo que dicen los padres, y sólo un 2,7 % les dan escasa o nula importancia. Es uno de los ítems de respuestas positivas más elevadas, con una media de un 4,6 sobre 5, recordando que el punto de indiferencia está en el 3. El mismo hecho de que el 72,6 % concedan mucha importancia a cumplir lo que indican los padres, patentiza esta actitud de los niños, que al

menos, según el común sentir, no parecía que era la más generalizada.

Comparando las reacciones de los niños entre 8 y 10 ó más de 10 años, encontramos que los menores conceden mucha importancia (85,4 %) a lo que dicen sus padres, mientras que la cifra baja a un 61,9 % entre los de más de 10 años. Se puede ver intuitivamente en el Gráfico 2.1.

Dos conclusiones generales se desprenden de estos datos estadísticamente significativos:

1) Los niños hasta los 10 años están más pendientes de lo que dicen sus padres, les conceden más autoridad. Es el período de la heteronomía piagetiana.

2) A partir de los 10 años ya aparece un cierto sentido crítico, la opinión de los padres se va equilibrando con la de profesores, medios de comunicación de masas, los alumnos y otras influencias medioambientales.

Pero, en cualquier caso, el grado de cohesión familiar, de respeto a la autoridad de los padres, mantiene cotas muy elevadas. La pregunta «¿Qué importancia tiene para ti ver triste alguno de tus

EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
8-10 años	85,4	10,6	2,0	1,1	0,9
+ 10 años	61,9	27,5	7,5	1,9	1,2

TABLA 2.10
¿Qué importancia tiene para ti hacer lo que dicen tus padres?

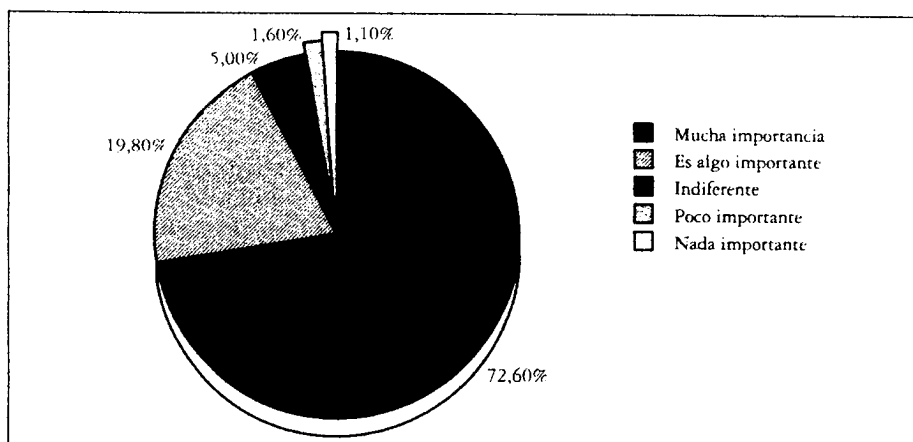
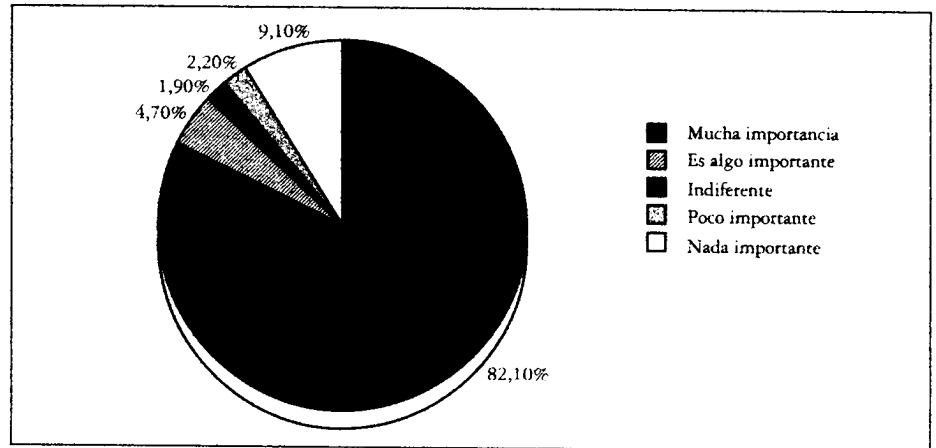


GRÁFICO 2.1
¿Qué importancia tiene para ti hacer lo que dicen tus padres?

Fuente: Tabla 2.4

GRÁFICO 2.2
¿Qué importancia
tiene para ti ver
triste a alguno de
tus padres?



Fuente: *Tabla 2.4*

padres?», viene a reforzar la respuesta anterior. Tiene una media altamente positiva que se acerca a la anterior: un 4,5. El 86,8 % quedan impresionados al comprobar la tristeza de sus padres, pero sorprende más todavía que un 82,1 % conceden a esto mucha importancia. Sólo un 11,3 % otorgan poco o nada de importancia a este hecho. En el extremo negativo se encuentra un 9,1 % de los valores. Es uno de los casos en donde aparece una mayor radicalización de las actitudes, eso sí, claramente escorada hacia lo positivo, pero en donde los valores centrales disminuyen y casi desaparecen.

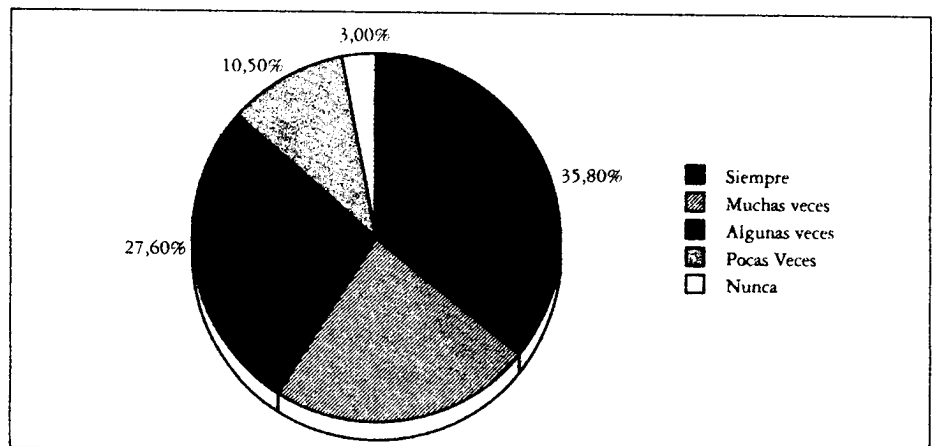
2.3 *Colaboración en las tareas del hogar*

Una prueba de que la familia vive unida es el hecho de que compartan múltiples tareas. Cuando todos esperan que sea la mujer la que les sirva,

cocine, la que limpie la casa y ordene lo que otros desordenan, la falta de colaboración hace que descendan los niveles de integración y de responsabilidad. Cuando todos intervienen y cada uno hace aquello para lo que está mejor dispuesto o tiene más habilidad, la unión familiar se mantiene mejor. Por eso hay una serie de preguntas muy concretas: si ponen o quitan la mesa, hacen la cama y recogen los juguetes. Son aspectos de la participación de todos en la buena marcha de la familia que denotan altos niveles de convivencia. Seguidamente podemos ver las preguntas del cuestionario y cómo han respondido nuestros niños.

La difundida idea de que el niño es un pequeño tiranuelo que lo exige todo y que se responsabiliza de pocas cosas, no ha sido confirmada. Juntando las respuestas de «siempre» y de «muchas veces», nos encontramos con un 58,9 % de comportamientos positivos. El «nunca» sólo se da en un 3,0 %. Añadiendo «pocas veces» y «algunas veces», nos encontramos con un 38,1 %, lo que de-

GRÁFICO 2.3
¿Cuántas veces
ayudas a poner la
mesa en casa?



Fuente: *Tabla 2.1*

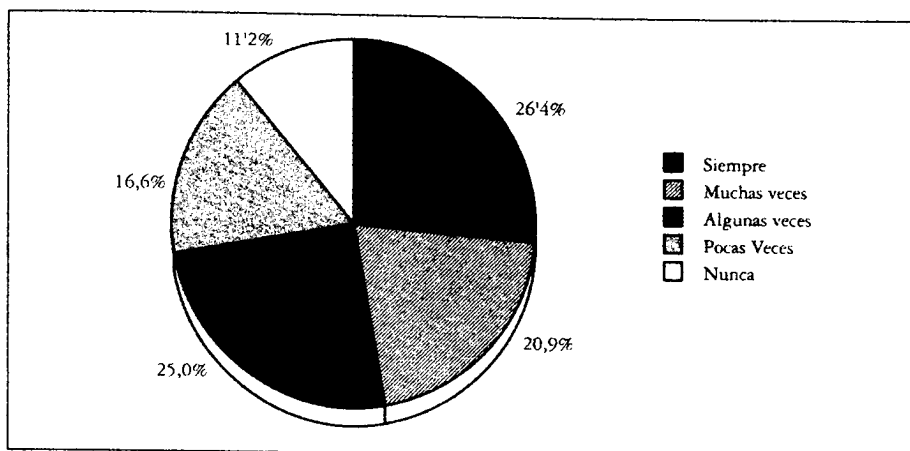


GRÁFICO 2.4
¿Cuántas veces quitas la mesa en casa?

Fuente: *Tabla 2.1*

muestra que este desinteresarse de colaborar con las tareas familiares a la hora de comer no tiene un respaldo mayoritario (*Gráfico 2.3*).

Con el ítem «¿Cuántas veces quitas la mesa en casa?», se quiere comprobar si, después de comer, vuelven a colocar cada cosa en su sitio y participan en la limpieza y orden de la casa. Curiosamente, descienden las cifras de participación respecto al ítem anterior. Juntando los grupos de «siempre» y de «muchas veces», nos encontramos con un 47,3 %, mientras que el «nunca» ha subido a un 11,2 %. Sus respuestas de «algunas veces» han subido ligeramente, hasta el 41,6 %. En general, estos niños no tienen ninguna reserva en poner o quitar la mesa. Desaparecen hábitos ancestrales que tenían su explicación y fundamento en una antigua división de tareas familiares pero que, cuando la mujer tiene que trabajar fuera de casa, ya no tienen justificación. Observamos que la colaboración es más para servir la comida y prepararse a comer que para después de comer. Cuando ya han satisfecho el apetito, ceden a otros miembros de la familia esta responsabilidad de dejar la mesa limpia y despejada como antes de comer. Sin embargo, el descenso de las cifras positivas es escaso, y la colaboración nula sigue correspondiendo a un bajo tanto por ciento (*Gráfico 2.4*).

Otro indicador de esta colaboración en las tareas familiares es si los niños se hacen la cama. Sumando los que «siempre» la hacen, con los de

«muchas veces», hallamos un 37,2 %. Hay un 18,9 % que «nunca» la hace. Juntando los que «algunas» y «pocas veces» organizan su cama, nos encontramos con un 44,0 %. Estas cifras revelan que las 4/5 partes no tienen reservas, o al menos no hay una oposición sistemática a realizar esta tarea, si bien resulta menos frecuente que la de poner la mesa, tal vez porque cuando el niño se levanta con la urgencia de ir al colegio, los padres tienen más interés en que desayunen pronto, insisten en que coman más y más deprisa, en que se preparen cuidadosamente (vestido, peinado, aseo personal), y se sienten menos inclinados a exigirles estas tareas, que realizarán los mayores.

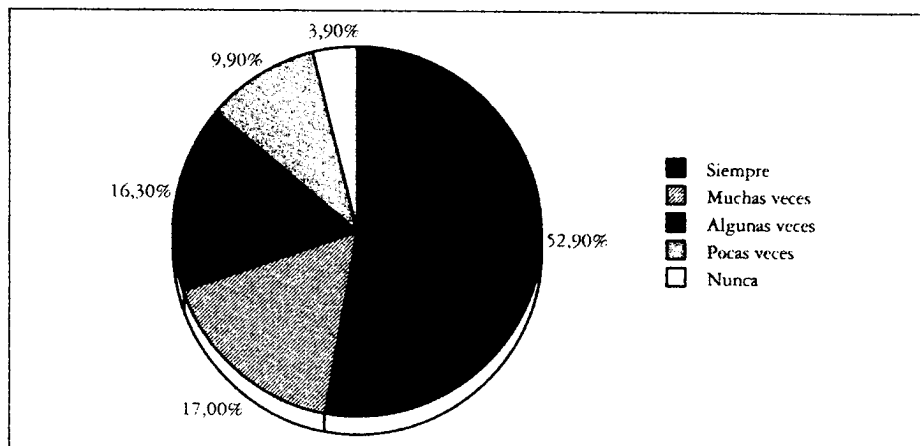
El estereotipo de que «el niño no participa en este tipo de actividades» no responde a la realidad, al menos según los datos de nuestra encuesta. El comportamiento de niños y niñas, aun así, es diferente en este ítem.

Como puede observarse (*Tabla 2.11*), las líneas son claramente superiores para las niñas, en los aspectos positivos, y para los niños, en los negativos. Juntando los ítems de «siempre» y «muchas veces», frente a un 30,6 % de niños que suelen hacer la cama, hay un 44,2 % de niñas que la hacen habitualmente. Incluso en el ítem «algunas veces», superan también las niñas. Sumando las alternativas, 5, 4 y 3, nos encontramos que, frente a un 51,3 % de niños que la hacen «siempre», «muchas» o «algunas veces», hay un 69,2 % de niñas. En cambio integrando los que la hacen

SEXO	Siempre	Muchas veces	Algunas veces	Pocas veces	Nunca
Niño	19,8	10,8	20,7	22,4	26,3
Niña	28,8	15,4	25,0	20,0	10,8

TABLA 2.11
¿Cuántas veces haces la cama en casa?

GRÁFICO 2.5
¿Guardas los juguetes cuando has terminado de jugar?



Fuente: *Tabla 2.1*

«pocas veces», hay una ligera superioridad de los niños, y de los que no lo hacen «nunca», frente a un 26,3 % de niños, sólo hay un 10,8 % de niñas.

La colaboración en las tareas caseras es más frecuente en las niñas que en los niños, tal vez porque se sigue arrastrando el patrón familiar de que las labores domésticas corresponden a la mujer, tal vez porque los niños colaboran en otro tipo de tareas menos hogareñas. Previsiblemente, para mantener el coche a punto, hay una mayor dedicación masculina que femenina. En cualquier caso es patente que, de hecho, el rol femenino sigue, a través de las respuestas dadas en este ítem, más vinculado a la mujer que al hombre.

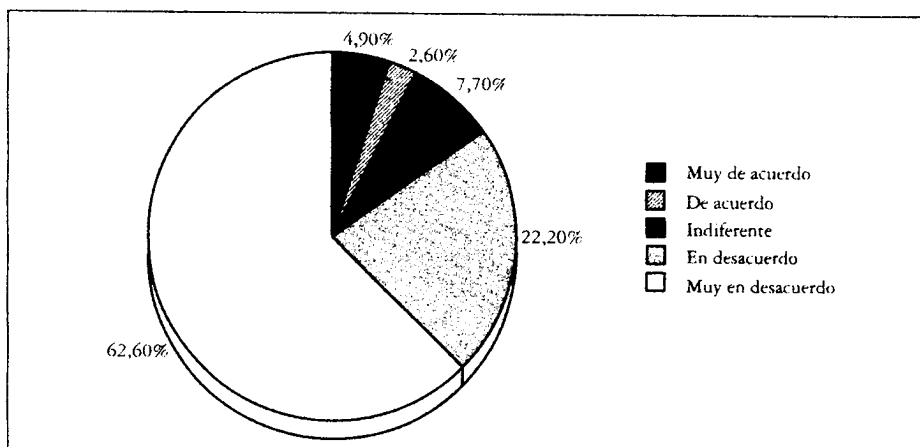
¿Qué ocurre con los juguetes? Al terminar de entretenerse con ellos, el niño ¿los guarda en su sitio o deja que su madre u otros miembros de la familia lo hagan? Las respuestas positivas de «siempre» y «muchas veces» alcanzan un 69,9 %, mientras que las de los que «nunca» lo hacen quedan limitadas a un 3,9 %. Aún queda ese gru-

po de los que, si no lo hacen de un modo habitual, tampoco por principio dejan de hacerlo. Los que lo realizan «algunas» o «pocas veces» suman un 26,2 % (*Gráfico 2.5*).

El niño se da cuenta de que ése es un ámbito en el que debe colaborar. Aquí parece estar subyacente este imperativo: lo que uno desordena, debe ordenarlo. Los altos porcentajes de respuestas positivas son un buen indicador de una iniciación del niño a la corresponsabilidad en las tareas familiares.

La afirmación «Las madres deben recoger los juguetes después de jugar los niños», (*Gráfico 2.6*) tiene un acento desiderativo: de lo que «debería» hacerse. Con esta afirmación de que es la madre la que ha de ordenar la casa y poner los juguetes en su sitio cuando el niño termina, sólo un 7,5 % están de acuerdo. Sociológicamente, es impensable que se llegue al 100 % en cualquier conducta que nos parezca correcta o deseable. El desacuerdo, juntando las categorías 2 y 1, alcanza un nivel de 84,8 %. El rechazo de esta afirmación es

GRÁFICO 2.6
Las madres deben recoger los juguetes después de jugar los niños



Fuente: *Tabla 2.2*

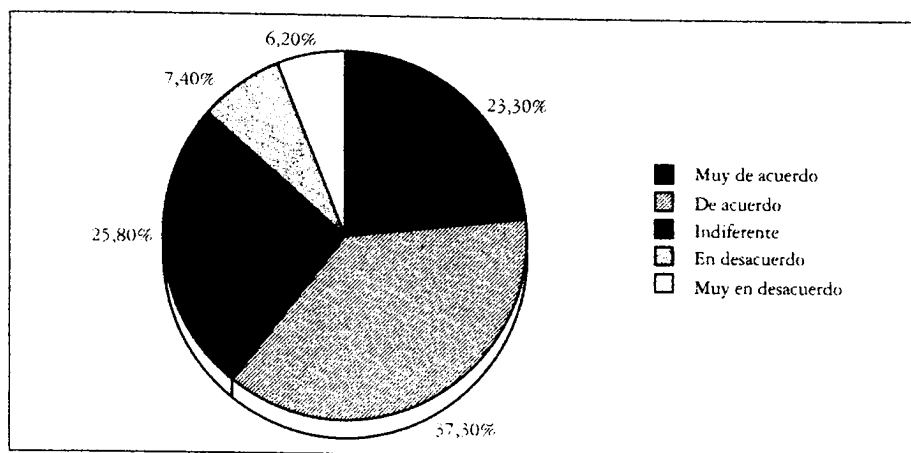


GRÁFICO 2.7
Me gusta ayudar en las tareas de la casa

generalizado. Los niños tienen hacia este comportamiento una sensibilidad más elevada de lo que corresponde a su conducta real. Hay una clara disposición para reconocer su compromiso con estas tareas, evitando que la madre cargue con una función que al niño le corresponde. Los hábitos para las tareas familiares en las nuevas generaciones son más positivos de lo previsto.

Analizando de una manera global las actitudes de nuestros niños hacia las faenas de la casa, un 60,6 % afirman claramente que sí, los desacuerdos están en torno al 13,6 % y queda un 25,8 %, que no se pronuncian.

En conjunto, pues, nuestros niños parecen que colaboran más en unas tareas que en otras, que valoran positivamente esta colaboración, y que incluso se sienten cómodos, a gusto, participando en las tareas familiares.

Vemos, en la *Tabla 2.12*, cómo responden niños y niñas sobre su disposición real a colaborar en las tareas del hogar.

Esta pregunta, planteada de un modo genérico, de si les gusta ayudar en las tareas de casa, vuelve a reconfirmar lo que aparece en la pregunta: «¿Cuántas veces haces la cama en casa?» Se mantiene la misma línea: es decir, las niñas superan a los niños en esta inclinación hacia el tradicional rol femenino. Sin embargo, hay una cierta inflexión. Aquí las diferencias son menores, aunque claramente siguen situándose más en favor las niñas o,

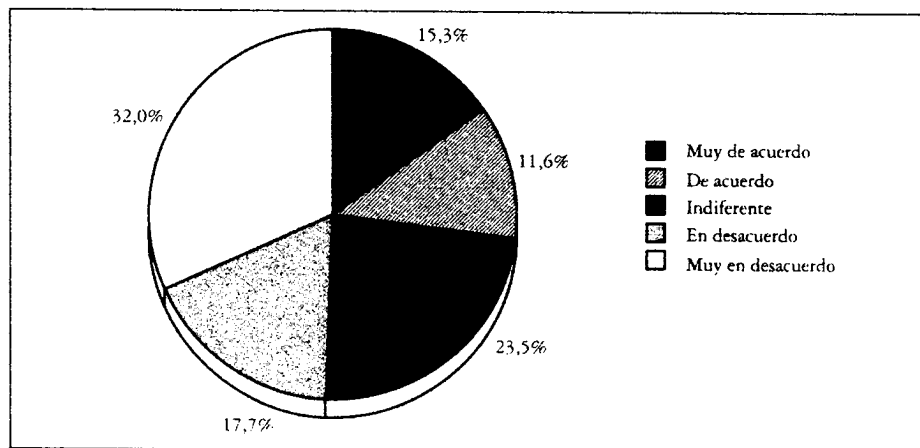
si se prefiere, son más altas las actitudes positivas hacia estas tareas por parte femenina. Sumando el «muy de acuerdo» y «de acuerdo», frente a un 55,6 % de niños, hay un 66,1 % de niñas. Las diferencias son ligeramente menores. Aquí se han reducido en tres puntos, pero hay una elevación general, tanto en niños como en niñas. Sumando las actitudes de «desacuerdo» y «muy en desacuerdo», frente a un 15,6 % de niños, hay un 11,4 % de niñas. Estas respuestas «negativas» tienen cotas inferiores a las del comportamiento real, cuando analizábamos las veces en que colaboran en hacer la cama. Hay una distancia entre la actitud, lo que nos parece deseable y el comportamiento real, pero la tendencia a valorar las ocupaciones domésticas por los varones está en alza.

La conclusión es que hay una cierta potencialidad inexplorada. Los niños, y más aún las niñas, no sólo no tienen reservas o prejuicios contra estas tareas hogareñas, sino que su actitud favorable está infrautilizada, es decir, manifiestan que les gusta ayudar en la casa un tanto por ciento superior a los que colaboran. Es más fácil afirmar que cooperarían con agrado que el hecho real de comprometerse a realizar estas tareas. Se impone una política familiar que lleva a una razonable y razonada participación de ocupaciones, para adecuar roles, actitudes y capacidades, en una inteligente contribución de todos a un contexto familiar más generosamente dinámico.

SEXO	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niño	20,9	34,7	28,8	8,2	7,4
Niña	25,9	40,2	22,5	6,5	4,9

TABLA 2.12
Me gusta ayudar en las tareas de la casa

GRÁFICO 2.8
No me gustan las reuniones familiares



Fuente: Tabla 2.2

2.4 Actividades comunes en la familia

El hecho de que las madres, con una frecuencia incrementada, trabajen fuera del hogar, obliga a buscar quien las sustituya en las tareas domésticas, y especialmente para la inaplazable atención de los niños. Nuestra vida está sobrecargada de ocupaciones y preocupaciones, necesarias algunas, artificiales otras, que se encadenan y nos encadenan sin fin, para aumentar nuestro poder adquisitivo y gozar de más cosas, lo que contribuye a que la familia vaya reduciendo algunas de sus responsabilidades y sean entregadas a otras instituciones. Va disminuyendo la presencia mutua, los encuentros cara a cara, la relación a veces tensa pero por lo común profundamente humana, configuradora del individuo, de sus valores y de su impacto social posterior. Hay una visión pesimista de la interacción familiar, extrapolada de algunas situaciones, especialmente de las grandes urbes, donde las distancias, un horario lleno de actividades trepidantes y el estrés, no dan demasiadas opciones para una reposada vida familiar.

Ésta es la creencia común, y que un rápido acercamiento impresionista parece confirmar. Pero, ¿qué dicen los niños de esta realidad familiar?

2.4.1 Actividades en casa

El apartado anterior, de hecho, ya comprendía estas actividades, en las que participan varios miembros de la familia, pero hemos preferido englobar éste bajo el epígrafe de *actividades compar-*

tidas, en un sentido más profundo que el anterior, es decir, no sólo porque el niño ayude en la limpieza y el orden del hogar, sino en el sentido más profundo de una mayor comunicación humana, más afectivamente gratificante y personal. Por ello hemos incluido en este apartado el tema de las relaciones familiares y el de ver la televisión, en cuanto que puede impedir ese trato personal o puede facilitarlo si se explota de un modo adecuado.

Aquí baja notablemente el índice de respuestas positivas a un 49,7%. El desacuerdo sube a un 26,9% y aparece un 23,5% de indiferentes. Hay escasa coherencia con el resto de las respuestas similares. Es posible que por «reuniones familiares» se entienda no las habituales sino otras más numerosas donde asisten parientes, amigos y vecinos con motivo de destacados eventos familiares, celebraciones, onomásticas o días festivos. Los introvertidos tienen muy poca inclinación por este tipo de actos y aun estando tan integrados como los extrovertidos y quizá más necesitados del silencioso acogedor ámbito hogareño, sin embargo están tentados de decir que no. Habrá que pensar qué tipo de reuniones van mejor a nuestros hijos y, en tanto puedan coordinarse varias exigencias, procurar que ellos se sientan a gusto (Gráfico 2.8).

2.4.1.1 La televisión y la comunicación familiar

Se habla insistentemente de que la televisión impide o frena la comunicación hogareña. No deja tiempo para mirarse a los ojos, contar experien-

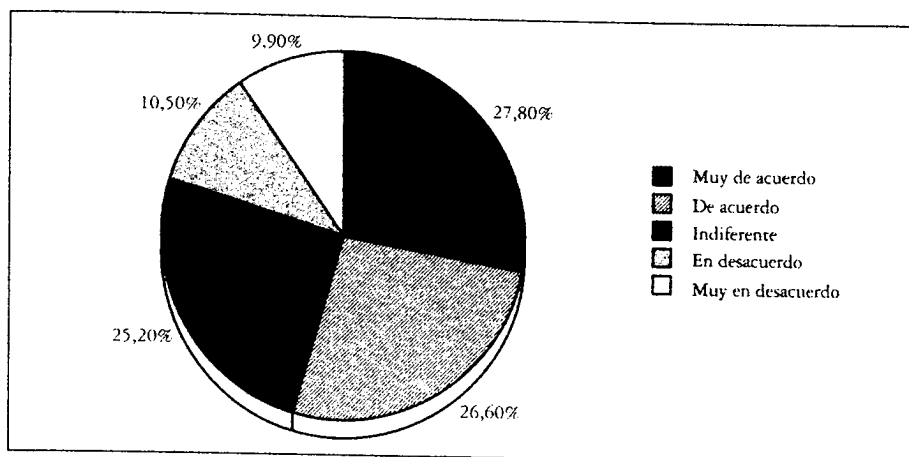


GRÁFICO 2.9
Mientras como,
veo la TV

Fuente: *Tabla 2.3*

cias, dejar que afloren las ocupaciones y preocupaciones de cada uno para compartirlas, para ayudarse, para que se liberen de tensiones, fobias, angustias, mal humor y conflictos, en esa catarsis psicoanalítica que aflora durante la sobremesa familiar.

La televisión polariza la temática, nos mantiene físicamente unidos y reunidos pero psicológicamente distantes: compartimos extrínsecamente lo que se nos impone, pero cada uno, en vez de ser el protagonista-actor, pasa a ser el pasivo receptor de los mensajes, no pocos de ellos pura propaganda de intereses que pueden ser lícitos en el plano económico, político o de otro orden, pero que a veces no son los más adecuados para incrementar la comunicación familiar.

¿Qué ocurre en las familias en el momento tan importante de la comida, donde cada cual debe encontrar el descanso, el cobijo, el alimento y la atención personal? Es un momento de información liberadora, de hacer partícipes a los demás de lo propio, de tener un auditorio seguro y comprensivo, de viva intercomunicación, de forjar el sentimiento de pertenencia a la unidad familiar, o por el contrario el bombardeo de imágenes de la televisión paraliza la comunicación cara a cara, tú a tú, la más profundamente interpersonal.

Las respuestas revelan una situación que no es la óptima para la comunicación, porque entraña obligados silencios. Un 54,4 % se inclina por verla comiendo; un 20,4 % rechaza esta posibilidad, y todavía hay un 25,2 % que no se pronuncia y que deben ser aquellos que la ven ocasionalmente (*Gráfico 2.9*).

No se trata de descalificar la televisión o de cerrar el aparato mientras se está comiendo, pero

previsiblemente el resto del tiempo, no sólo mientras se come, se sigue viendo la televisión y descuidando la relación personal. Necesitamos estar informados, pero en la selección de los programas debemos establecer un juego inteligente de mutua participación, tener en cuenta los gustos y preferencias de los niños, buscando lo que tiene un acento más formativo y eliminando, sin ningún tipo de actitud vergonzante, los programas claramente antieducativos.

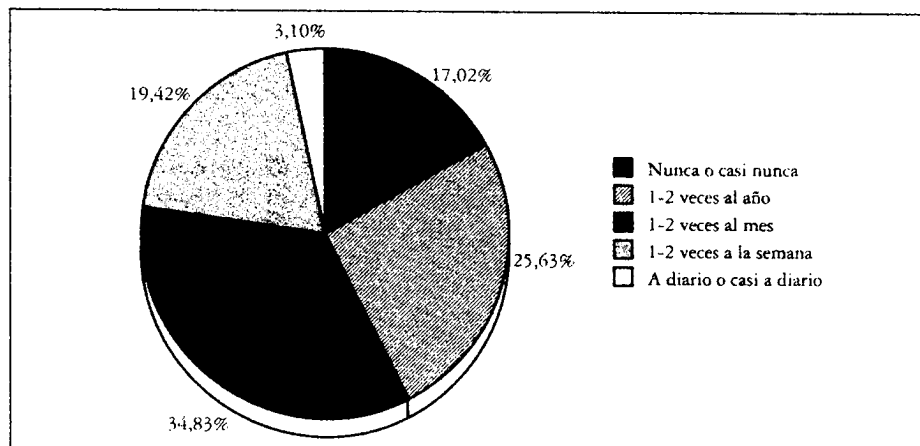
El criterio es bastante fácil de establecer: comprobar si los mensajes están de acuerdo o en desacuerdo con las actitudes y comportamientos que el centro docente y la vida familiar se afanan en construir.

Este punto hubiera merecido una ampliación mayor, pero no era el objetivo del cuestionario. A través de numerosas investigaciones se constata que, a partir de un determinado número de horas —más de 10 ó 12—, los rendimientos académicos decaen claramente.

Aquí no se trata de los rendimientos sino de la vida familiar y su integración, pero no está de más tener en cuenta también este dato para una utilización inteligente, dosificada, selectiva, de la televisión, aplicando criterios explícitamente compartidos.

Por el contrario, habrá que evitarla cuando significa una manera exclusiva y excluyente de distraer a los niños, de reducir su presencia ruidosa y molesta. No podemos contraponer, sino integrar lo que a nosotros nos interesa y lo que a ellos les gusta. Es una pésima utilización de la televisión convertirla en una aliada para mantenerlos en el hogar, pero psicológicamente alejados de nosotros.

GRÁFICO 2.10
¿Cuántas veces comes fuera de casa con tus padres?



Fuente: *Tabla 2.1*

2.4.2 Actividades familiares fuera del hogar

Analizamos primero la participación conjunta de la familia en tareas más allá del hogar, tales como ir de compras, de excursión o salir juntos los fines de semana.

El 3,1 % de los que declaran que salen juntos a diario o casi a diario con los padres parece indicar un alto grado de ocupación de los padres, o bien un elevado status económico. Si sumamos los que afirman salir una vez o más, mensual o semanalmente, a comer con sus padres, contamos con un grupo mayoritario (54,2 %). Estas salidas esporádicas manifiestan que no es la situación habitual, obligada por el trabajo, sino una tarea grata, complementaria. En estas salidas fuera del hogar, los padres llevan consigo a los niños, quienes no quedan separados, marginados por otro tipo de preocupaciones y urgencias sociales. También implican una situación económica que parece desahogada, puesto que la comida fuera de casa cuesta mucho más que la elaborada en el hogar.

Hay un 25,6 % que hablan de una o dos veces al año, lo cual indica que se trata de festividades o de grandes acontecimientos como bodas, bautizos y otros actos sociales, en los que los padres llevan consigo a los hijos. «Nunca» o «casi nunca», responden un 17,0 %, aquellos que dejan a los niños, porque resulta socialmente inadecuada su

presencia, o porque es más cómodo recluirllos en casa al cuidado de los mayores o de algún pariente. Cuando hay un positivo interés en llevarlos, se buscan fórmulas complementarias que permitan conjugar los compromisos sociales con el cuidado de los niños, facilitándoles momentos de expansión, de juego, de convivencia con sus compañeros, con ocasión de estas comidas fuera del hogar (*Gráfico 2.10*).

Respecto de si les gusta o no ir de compras con sus padres, sumando los apartados «de acuerdo» y «muy de acuerdo», nos encontramos con que los 2/3 se encuentran de acuerdo, mientras que sólo al 11,4 % no les parece grata. Hay un 22,1 % que se muestran indiferentes. El dato revela que los padres en general saben explotar esta oportunidad, tienen en cuenta los intereses de los niños y contribuyen a una positiva integración familiar.

El ítem se presenta como una afirmación —*Los fines de semana hay que salir con la familia*— con la que uno está o no está de acuerdo. La respuesta sigue esta línea de integración familiar, que se constata en todo el cuestionario. Un 61,1 % están de acuerdo; hay un 26,1 % de indiferentes, mientras que un 12,6 % no lo están, y corresponde a los grupos de menos integración o de rechazo. Este último grupo es un colectivo heterogéneo que convendría analizar, pero en cualquier caso ese resultado global de que los tiempos de ocio

TABLA 2.13
Los fines de semana hay que salir con la familia

EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
8-10 años	47,3	26,2	18,7	5,6	2,2
+ 10 años	22,3	25,8	34,3	12,5	5,1

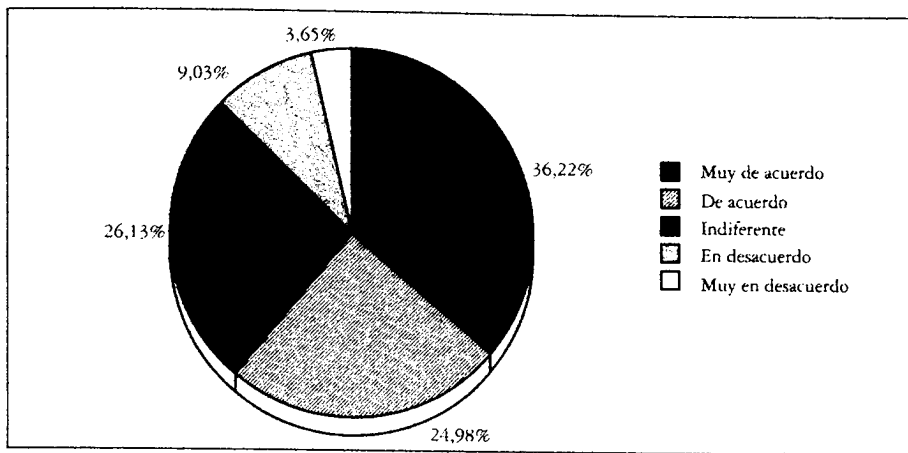


GRÁFICO 2.11
Los fines de semana hay que salir con la familia

Fuente: *Tabla 2.2*

tienen que compartirlos junto con la familia es un indicador positivo (*Gráfico 2.11*).

En la *Tabla 2.13* se reflejan las respuestas según variantes de edad: 8 a 10, y más de 10 años.

Hay una clara diferencia de actitud entre ambos sectores cronológicos ante el hecho de salir los fines de semana con la familia. La opción «muy de acuerdo» es reveladora. Frente a un 47,3 % de los pequeños, sólo queda un 22,3 % de los mayores de 10 años, es decir, una diferencia de 25 puntos. Si sumamos los desacuerdos, también las cifras son muy superiores en los mayores de 10 años. De los menores sólo un 7,8 % rechazan esta afirmación, mientras que de los mayores la rehúsan un 17,6 %. También hay un número de indiferentes significativamente superior en el caso de los mayores de 10 años, puesto que superan en 15 puntos a los menores. Es decir, hay un progresivo distanciamiento de las actividades familiares en búsqueda de una independencia que se va forjando lentamente, pero que ya aparece a partir de los 10 años.

2.4.3 Actividades deseadas

Entramos en el campo de las actividades familiares que el niño más desea, no sólo de aquellas que de hecho vive, experimenta o sufre. Vemos algunas de estas según el cuestionario (*Gráfico 2.12*).

La pregunta «¿Qué importancia tiene para ti que tus padres jueguen contigo?» (en la línea de las aspiraciones, no de la constatación fáctica), destaca por lo importante que resulta para el niño que los padres jueguen con él. Hay una evolución progresiva de los niños desde la edad preescolar hasta que terminan la escuela ya en plena adolescencia. Pero en general se constata la cohesión familiar, la buena marcha en la convivencia hogareña.

La mitad exactamente conceden importancia a que los padres jueguen con ellos, y ninguna importancia sólo el 3 %. Entre «poco» y «algo» se sitúan un 30,0 %, lo cual indica que no les desagrada pero que quizá, por la edad o por las características de padres e hijos, de sus relaciones

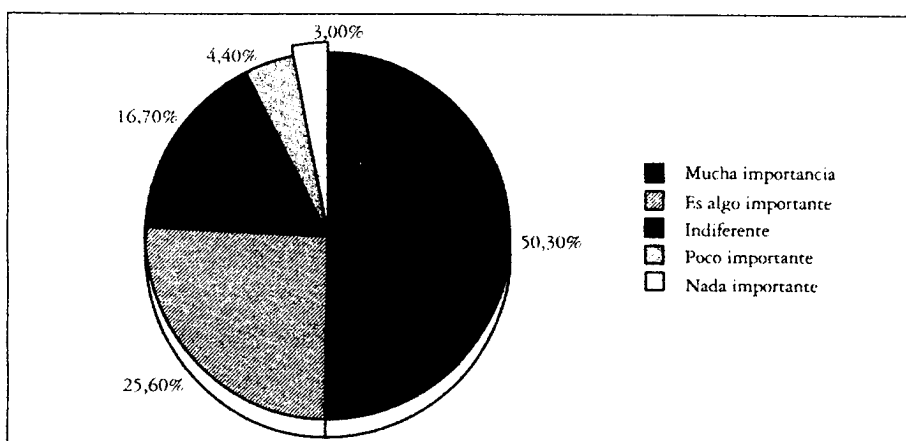


GRÁFICO 2.12
¿Qué importancia tiene para ti que tus padres jueguen contigo?

Fuente: *Tabla 2.4*

TABLA 2.14
¿Qué importancia tiene que tus padres jueguen contigo?

SEXO/EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
Niños					
8-10 años	60,1	22,7	8,4	4,7	4,0
+ 10 años	52,8	19,5	20,1	5,0	2,5

TABLA 2.15
Importancia para las niñas de que los padres jueguen con ellas

SEXO/EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
Niñas					
8-10 años	45,7	29,5	18,2	4,2	2,5
+ 10 años	44,7	29,3	19,3	3,6	3,1

o aficiones, no siempre resultan gratificantes las actividades comunes. A un 16,7 %, esto les deja indiferentes. En general, podemos comprobar que resulta oportuno realizar tareas conjuntas, pero habrá que matizar las situaciones y no imponer precipitadamente un patrón lúdico de relación como el mejor.

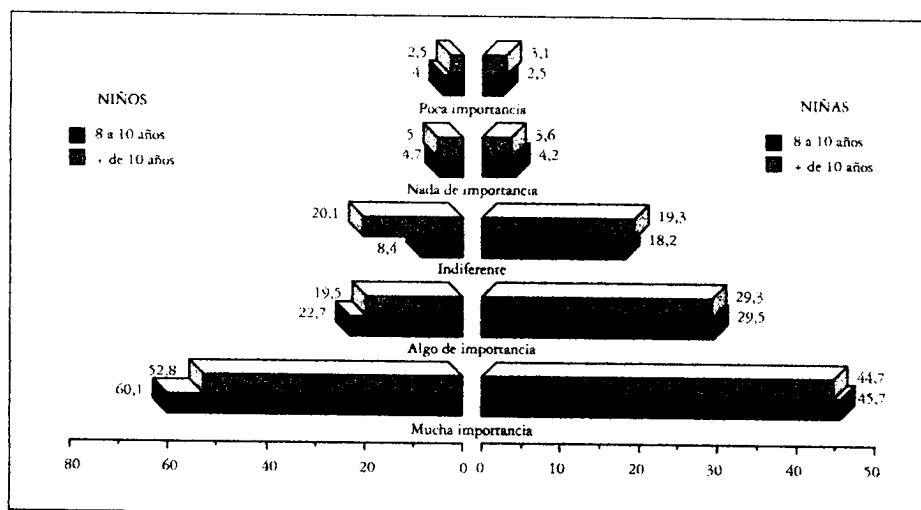
Los datos estadísticamente significativos muestran que hay una clara diferencia entre los niños de 8-10 años y los de más de 10 años. Le conceden mucha importancia el 60,1 % de los pequeños, y la cifra baja a un 52,8 % en los mayores. Ciertamente es una cifra alta, pero se va notando un progresivo distanciamiento. Las elecciones de los niños se inclinan hacia otros espacios vitales. La indiferencia es muy superior también en los mayores de 10 años. Sobrepasa en 12 puntos a los pequeños. En el resto de las opciones, las diferencias son menos relevantes. La conclusión es clara. A partir de los 10 años, los niños tienen

menos necesidad de que los padres jueguen con ellos.

¿Qué ocurre con las niñas? ¿Qué grado de importancia tiene para ellas que los padres les dediquen su tiempo y jueguen con ellas? La respuesta aparece reflejada en la *Tabla 2.15* en estos interrogantes.

Aquí hay una clara diferencia respecto a los niños. Prácticamente se mantienen las mismas cifras de menos y más de 10 años. Las niñas se revelan más necesitadas del afecto, del cariño y de la atención de los padres. Siguen conservando esa necesidad aun al pisar la adolescencia. En torno al 75 % se mantienen en ambos segmentos de edad, cifra que superaban los niños de menos de 10 años. En cualquier caso, la estabilidad familiar, la continuidad, la necesidad de afecto, el interés familiar en las niñas, se mantienen después de los 10 años, frente a un claro decrecimiento por parte de los niños (*Gráfico 2.13*).

GRÁFICO 2.13
¿Qué importancia tiene para ti que tus padres jueguen contigo? (Niños y niñas de 8 a 10, y más años)



Fuente: *Tabla 2.14*

EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
8-10 años	64,7	23,8	7,0	2,8	1,7
+ 10 años	45,2	29,4	18,6	4,0	2,7

TABLA 2.16
¿Qué importancia tiene hablar un rato con tus padres?

Hay una clara demanda de estos momentos de comunicación. Un 65,6 % le conceden «mucha importancia». Si sumamos el ítem de «algo», totalizaremos un 89,0 % de respuestas positivas. Uno de los ítems que en la opción número 1 —o la negativa— tiene más bajo tanto por ciento es éste. Sólo al 1,1 % no le importa hablar un rato con sus padres. Sumando el porcentaje de aquellos a quienes les importa poco, llegamos a un escaso 3,7 %, y aun incluyendo el de aquellos a los que les resulta indiferente, sólo comprende un 11,0 % de la población.

Hay temperamentos introvertidos que no necesitan la comunicación explícita, al menos la verbal. Pero otras comunicaciones también son eficaces: el gesto, la mirada, el pequeño servicio complementario... La mayoría de la población está deseando esa comunicación. Negársela, no reconocer ese deseo, a veces no expresado, es una torpeza de los padres.

En la *Tabla 2.16* están reflejadas las reacciones ante esta cuestión en función de la edad.

Sin duda tiene más importancia esta comunicación verbal para los menores de 10 años. Si nos fijamos en la opción «mucha importancia», hay casi 20 puntos de diferencia. Los mayores tienen menos necesidad imperiosa de esta comunicación, pues van ampliando sus espacios comunicativos. En la opción «indiferente» hay 12 puntos más en quienes superan los 10 años. También las

de «poco» o «nada importante» superan en dos puntos a los de menos de 10 años. En conjunto, va disminuyendo esta necesidad, pero obsérvese que siguen manteniéndose altos tantos por ciento en favor de esa comunicación siempre necesaria, si bien quizá menos urgente, menos cotidiana, más respetuosa con la progresiva independencia cuya conquista es una necesidad personal y un objetivo de la educación.

Que los padres estén con ellos, que pasen juntos el fin de semana tiene mucha importancia para el 70,6 %. Esto reconfirma la pregunta similar de lo que acontece en la realidad, y que todavía la amplía, indicando que es una tendencia y una ilusión de los niños, que los padres deben tener en cuenta.

Para un 3,6 % esto tiene poca o ninguna importancia. Queda todavía un 17,9 % para los que tiene «alguna importancia», y un 7,8 % a los que les resulta «indiferente». Respetando gustos personales y situaciones que no siempre se pueden uniformar, sería absurdo dar aquí normas universales, sin excepción, que parezcan lo mejor para todos y en todas las circunstancias. La conclusión que se desprende de estos datos es que esa convivencia familiar tiene una calificación positiva, y que los padres deben programar en sus fines de semana ir con los hijos, convivir con ellos, participar de sus alegrías y sus experiencias.

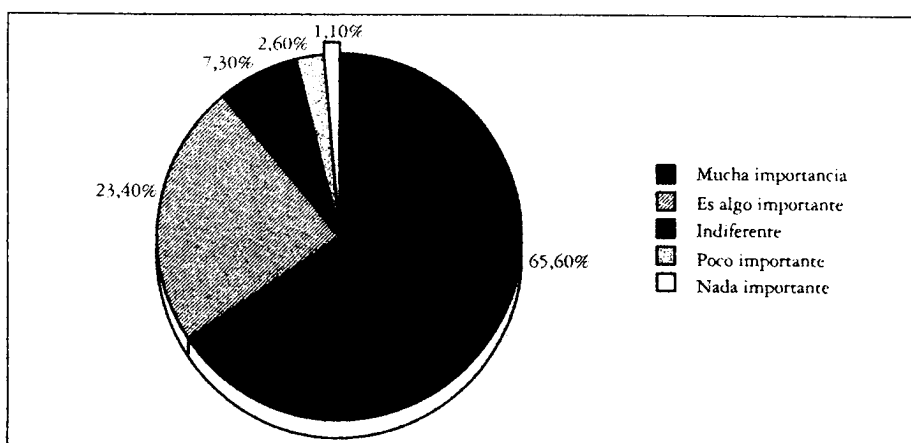
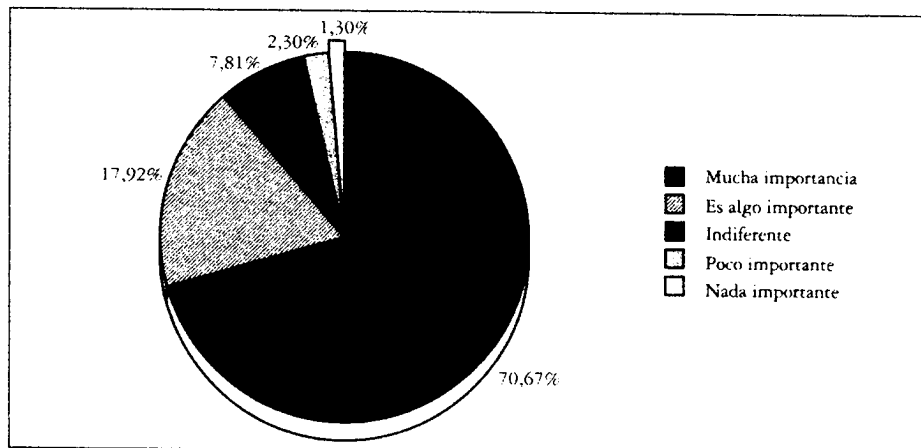


GRÁFICO 2.14
¿Qué importancia tiene para ti hablar un rato con tus padres en algún momento del día?

Fuente: *Tabla 2.4*

GRÁFICO 2.15
¿Qué importancia tiene para ti estar con tus padres los fines de semana?



Fuente: Tabla 2.4

2.4.4 Comparación valorativa entre la vida familiar y otras actividades del niño

El cuestionario, para determinar con mayor precisión las actividades de los niños, les pide que indiquen, entre dos ámbitos de actividades, cuál de ellas es la que prefieren. Se compara así la vida en familia con su permanencia en el colegio, con la actividad en la calle o con los amigos, e incluso si prefieren la televisión en las horas de convivencia familiar. Así podremos comprobar mejor, bajo este ángulo, su actitud ante la familia.

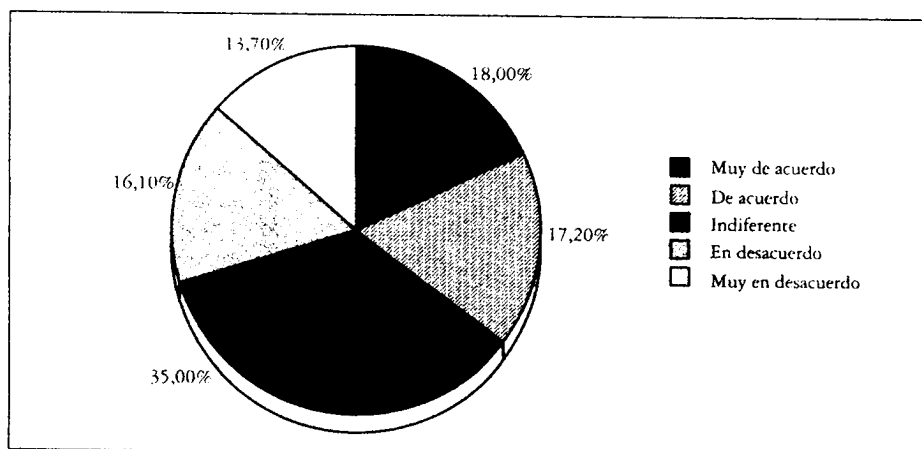
Ante la afirmación «Estoy mejor en casa que en el colegio», los niños responden en un 35,2 % que se encuentran mejor en casa. El mismo tanto por ciento no sabría qué decir, y no están de acuerdo con esta afirmación el 29,8 %. Dicho de otro modo, los niños se encuentran a gusto en el colegio. La imagen, pues, de un colegio donde van forzados a que aprendan innumerables cosas que no les interesan, bajo una disciplina que coarta

sus movimientos, que no responde a sus intereses, que les abruma con un enciclopedismo de difícil justificación y tantas otras afirmaciones que se encuentran difundidas en nuestros medios, no recibe aquí una confirmación, máxime si tenemos en cuenta que el otro elemento de comparación, la casa, a través de las otras cuestiones, en ningún momento ha figurado como un espacio donde el niño se sienta incómodo.

La escuela no es sólo el ámbito donde se preparan para un futuro remoto, cuando tengan que enfrentarse con responsabilidades profesionales, familiares y sociales, horizonte que perciben mejor en los últimos años de la escolaridad básica, pero distante en los primeros, en los que comienza la encuesta. El colegio se nos revela ahora no con esa imagen de una preparación para un futuro ideal al que los padres y la sociedad toda empujan a los niños, sino un lugar donde se encuentran a gusto, no sólo donde aprenden.

Queda abierto un abanico de posibilidades de cuáles son las razones por las que los niños se

GRÁFICO 2.16
Estoy mejor en casa que en el colegio



Fuente: Tabla 2.6

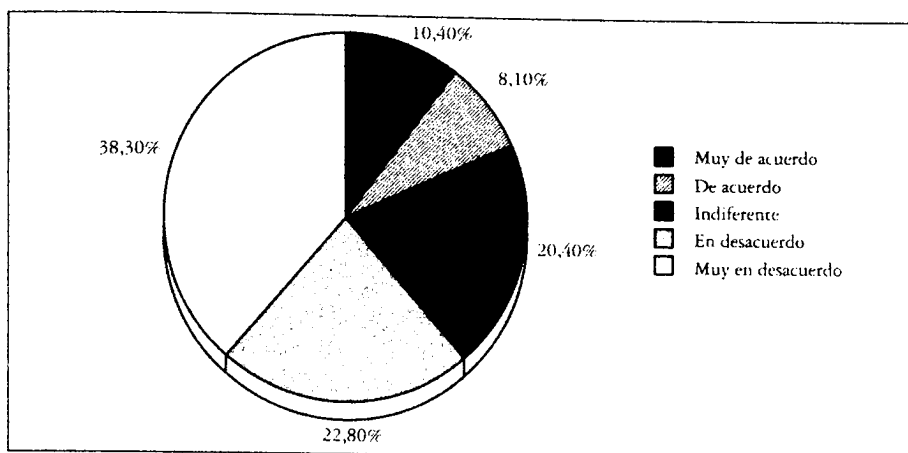


GRÁFICO 2.17
Es mejor comer en una hamburguesería que en casa

Fuente: *Tabla 2.3*

sienten bien en el colegio. Tal vez la primera es la presencia con los compañeros, que es a la vez un ámbito de ampliación de su espacio vital más allá de las paredes hogareñas, donde florecen numerosas experiencias intercomunicativas. En cualquier caso, contando sólo con los datos de que disponemos, el niño se encuentra bien en el colegio, pero hay una ligera ventaja de cinco puntos en favor de la casa.

La pregunta de si «es mejor comer en una hamburguesería que en casa» (*Gráfico 2.17*) puede parecer pueril, pero tal vez pueda revelarnos, bajo una nueva faceta, la actitud del niño ante la familia y el hogar. Hay un claro 61,1 % que prefieren comer en casa, y sólo un 18,5 % se inclinan por la hamburguesería. Muchos datos, actitudes y situaciones familiares quedan detrás de esta afirmación. ¿Es que comen mejor en casa? La ocupación de padre y madre fuera del hogar, en un tanto por ciento considerable, y las prisas que esto impone, no abonan la inclinación por la casa. No nos hubiera extrañado que fueran mayoría los

que prefieren comer en una hamburguesería, no sólo por la propia comida sino por lo que ella implica: espacio de libertad, reunirse con los amigos, comida que pueden elegir, no impuesta. Pero por cada uno que se inclina por la hamburguesería, hay tres que prefieren comer en casa.

Observamos que la cuestión está formulada, más que en términos de la comida, del espacio donde se realiza: hamburguesería-casa. Esta elección vuelve a reconfirmar que el niño, o la mayoría de los niños, se sienten bien en casa.

La afirmación de que «es más divertido estar en la calle que en casa» (*Gráfico 2.18*), resulta en principio obvia para el niño. Sin embargo, la interpretación requeriría contar con datos de los que no disponemos. Unas entrevistas sistemáticas podrían aclarar algunos interrogantes.

¿Se encuentra mejor el niño en la calle porque no está a gusto en casa? ¿Es como una huida de una situación incómoda? Esta interpretación no parece estar de acuerdo con gran parte de las respuestas obtenidas en ítems similares.

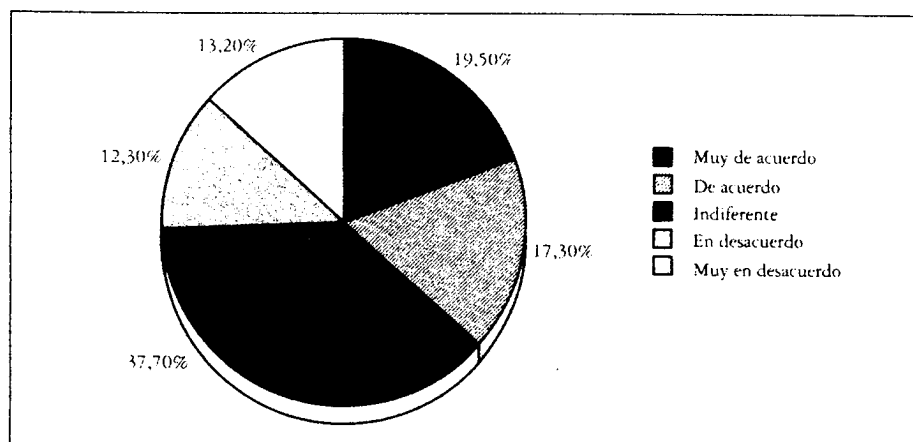


GRÁFICO 2.18
Es más divertido estar en la calle que en casa

Fuente: *Tabla 2.3*

TABLA 2.17
Preferencias entre
estar en la calle o
en casa

SEXO	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños	21,3	17,3	36,0	10,9	14,6
Niñas	17,6	17,3	39,5	13,8	11,8

¿Implica la valoración de los momentos de ocio, que lógicamente tienen un carácter felicitario, puesto que entraña actividades que uno elige libremente? Posiblemente ésta sea la interpretación correcta, puesto que también con los padres tienen actividades más allá de los muros del hogar.

Hay una ligera ventaja de 10 puntos hacia la realidad gratificante de la calle respecto a la casa, diferencia pequeña, y más si se tiene en cuenta que un 37,7 % no saben qué responder, y sólo algo más de 1/3 se inclinan por esta opción, lo que no permite sacar conclusiones muy definidas desde el punto de vista global.

Hay una clara conclusión, al menos para ese tercio que valoran más estar en la calle (término que entendemos de un modo genérico, englobando fuera de casa y del colegio), y es que los padres deben organizar también actividades extrahogareñas como un elemento más de integración familiar, lo cual se ha puesto de relieve ya en otros ítems. No se trata de programarles los momentos en que demandan una convivencia más libre, menos sujeta a horarios y compromisos, pero las «salidas» juntos a la «calle» contribuyen a que las relaciones familiares se vayan intensificando dentro de un ámbito de libertad progresiva.

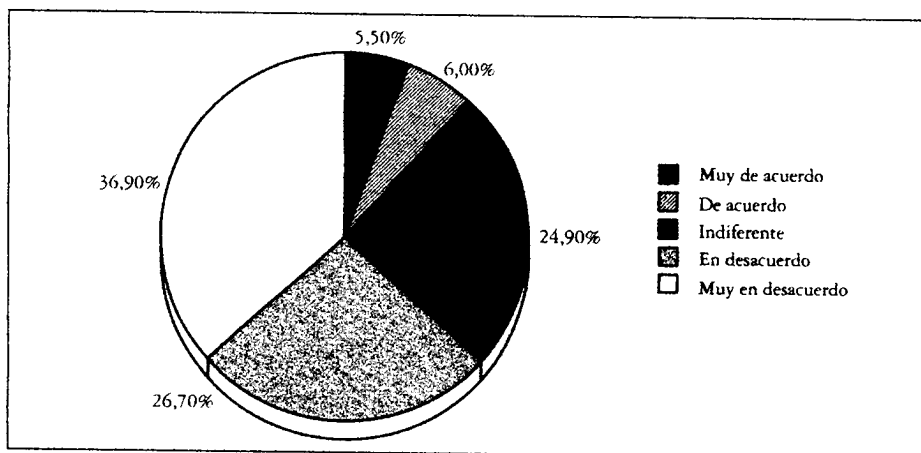
¿Reaccionan igual los niños que las niñas ante la afirmación de que «es más divertido estar en

la calle que en casa»? ¿Hay diferencias constatables según edad?

Las diferencias entre niños y niñas en la consideración de más divertida para la calle que para la casa son menores de lo que habíamos supuesto (Tabla 2.17). Se comprueba que las cifras son aproximadamente iguales. Sólo en la opción «muy de acuerdo», superan los niños en un escaso 4 %, que luego se ganan con el punto de indiferencia. Los rechazos, sumando las opciones 2 y 1, son casi idénticos. Ésta es una cuestión más de madurez psicobiológica que de sexo. Niños y niñas reaccionan prácticamente igual. En este momento, globalmente considerado, hay casi un equilibrio.

La afirmación «prefiero quedarme en casa que salir con mis padres», quiere matizar entre la casa como un espacio cómodo o de acogimiento, tal vez como refugio, un lugar seguro más allá de los problemas, enfrentamientos y conflictos a que obliga la vida o el sitio donde se convive con los padres. Un 63,6 % declaran que prefieren salir con los padres, valoran la familia en sus contactos interpersonales, no como el sitio donde se recogen tras los pequeños fracasos cotidianos. Sólo un 11,5 % suscriben esta afirmación. Índice pequeño que, sociológica y globalmente, lleva a la conclusión de que los padres se compenetran con los hijos y son su razón de ser, la clave del hogar, de lo que debe ser el hogar.

GRÁFICO 2.19
Prefiero quedarme
en casa que salir
con mis padres



Fuente: Tabla 2.3

A medida que madura el niño, es lógico que prefiera otras compañías, y ese 11,5 % no hay que interpretarlo exclusiva ni preferentemente como una retirada de la compañía de los padres. Hay muchas explicaciones que no quedan desveladas a través de las preguntas. No interesa romper sin más ese aislamiento que en algún momento puede tener su sentido, pero habrá que constatar los fallos de relación interpersonal para superarlos a tiempo (*Gráfico 2.19*).

La opción está planteada en términos nítidos. La respuesta ha sido inequívoca. Más de tres cuartas partes prefieren estar con la familia, compartiendo sus vivencias y participando en la vida del hogar. Sólo un 22,5 % se inclinan por estar solos en su cuarto.

La integración familiar es un valor patente en la mayoría de los hogares españoles. Ese 22,5 % que prefieren estar en su cuarto no indica necesariamente separación y distanciamiento o conflicto, aunque en algún caso pudiera serlo.

Cuando alguien tiene una gran vocación por el estudio, y hay una minoría que sin duda la tiene, prefiere el silencio, estar aislado. Estar en el grupo familiar muchas horas puede contemplarlo como un apartamiento de tareas que para él son fundamentales.

Queda, como siempre, abierto a ulteriores estudios ese tanto por cien minoritario que responde de un modo diferente a los demás, lo cual no es de suyo malo, pero que merece una investigación posterior para procurar —salvando las individualidades, los intereses y los caracteres— que todos encuentren en la familia el espacio ideal para ir avanzando en esa lucha por conquistar su madura personalidad.

La pregunta recogida en el *Gráfico 2.20* es de algún modo radical, obliga a patentizar actitudes profundas, opciones capitales para el niño. Aquí se le da a elegir entre sus padres y sus amigos. Los primeros han sido desde su infancia su apoyo, su seguridad. Los amigos son como una familia elegida, como hermanos, seleccionados por ellos, no impuestos por la naturaleza, son la vía para lanzarse a la sociedad, salir de casa e ir respondiendo a un impulso de progresiva expansión y profundización espacio-temporal y social.

Curiosamente, han sido 2/3 los que han respondido que prefieren pasar los fines de semana con sus padres, frente a un 33,3 % que se inclinan por sus amigos. Seguimos con una constante que se reconfirma una y otra vez.

El niño, al menos el que ha sido objeto de encuesta, y en principio y por extrapolación el niño de hoy, están bien arraigados en la vida familiar. Las vinculaciones con los padres son gratificantes. Y no es que los que han optado por los amigos en este orden preferencial (que no indica rechazo del que queda en segundo lugar) de suyo indiquen desintegración familiar. No lo indicarían ni siquiera en el caso de que una mayoría optaran por los amigos, pues no se trata de ruptura familiar, sino de tiempos de ocio, de momentos en los que no sería de extrañar que estimaran más las experiencias fuera del hogar, lo que dilata sus vidas.

Cualesquiera que sean las exégesis a que dan lugar estas opciones, no siempre fáciles dentro de su aparente claridad y transparencia, revelan una vez más que los lazos familiares están firmemente establecidos. O, dicho de otro modo, que los padres no lo estamos haciendo tan mal.

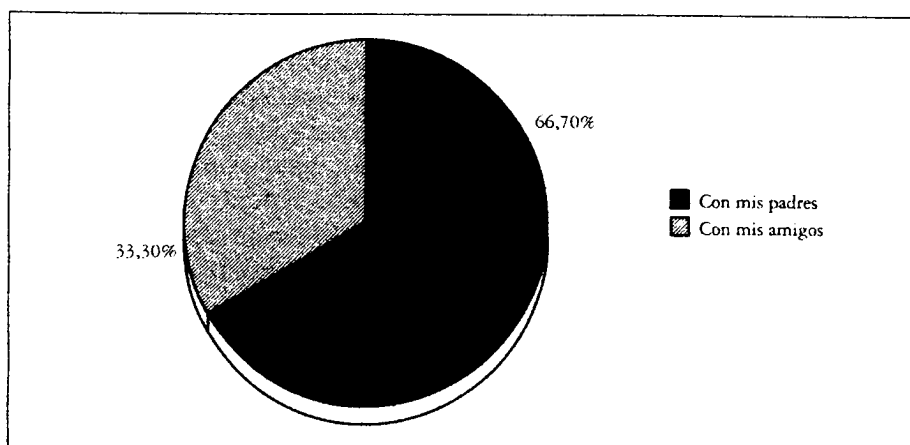
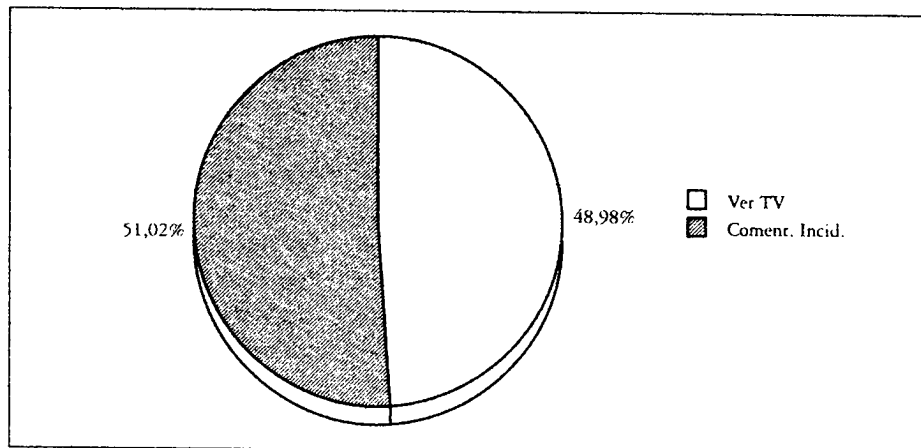


GRÁFICO 2.20
*Di qué prefieres:
¿pasar los fines de
semana con tus
padres o con tus
amigos?*

Fuente: *Tabla 2.8*

GRÁFICO 2.21
¿Prefieres ver la
televisión o
comentar las
incidencias del día
en la comida o
cena?



Fuente: *Tabla 2.8*

Oímos hasta la saciedad que la televisión impide la comunicación. Es una afirmación ya casi indiscutida, un tópico. Pero la pregunta reflejada en el *Gráfico 2.21* es inequívoca. La respuesta también lo ha sido. Hay casi un equilibrio entre los que prefieren ver la televisión o comentar las incidencias del día durante la comida, si bien hay una ligera desventaja de 2 puntos de los televidentes.

La respuesta admite, como se diría hoy, muchas lecturas o, en términos más tradicionales, interpretaciones variadas. ¿Es porque los programas televisivos que se emiten durante las horas de las comidas no les interesan, o es que sienten pareja necesidad de comunicarse que de ver la televisión?

Les gusta la televisión, pero no quieren renunciar a expresarse, a que se les escuche. Les gusta la distracción, pero también sentirse comprendidos en sus pequeñas frustraciones y angustias, como el niño pequeño cuando ha tenido una caída, un contratiempo, algo que le hace llorar, reclama los brazos de su madre o de su padre para sentirse acogido.

Habrá que estudiar fórmulas integradoras, comentar con ellos los programas, seguir los espacios de auténtico valor informativo y formativo, pero lo que no tiene sentido es que la pequeña pantalla polarice toda la actividad familiar, imante la atención e impida la mutua comprensión. Más que de una contraposición, se trata de distribuir el tiempo para atender a la vez al contacto con el resto del mundo y con nuestros hijos. Hay que conjugar ambas actividades, programándolas para que cada una cumpla su función en la convivencia familiar.

2.5 *¿Cómo percibe el niño su ámbito de libertad en la vida familiar?*

La educación es una preparación progresiva hacia la autoconciencia, la libertad y el dominio de sí mismo, para lograr la autonomía y una conducta responsable y autosuficiente.

Para J. PIAGET, el desarrollo moral va de la heteronomía (bueno y malo es lo que dicen los mayores) propia de los primeros años de los niños interrogados, a la autonomía (lo bueno o lo malo se fundan en normas descubiertas por nuestra propia conciencia) que corresponde a los últimos años de nuestros encuestados.

Es importante comprobar si en la familia se conceden progresivas y adecuadas libertades, si se prepara para una madura autonomía. El tema es complejo y no basta interpretar que la concesión de mayor libertad automáticamente signifique la estrategia mejor. Pongamos una situación límite. No tiene sentido dejar al niño de preescolar que camine por una ciudad populosa con tráfico sobrecargado, esperando que acabe adquiriendo por sí mismo los hábitos de huir del peligro, o al final la selección natural determinará los que son capaces de defenderse en esa jungla de vehículos y los que adquirieron comportamientos de supervivencia.

Es necesaria la educación para la libertad y preparar para que ésta pueda ejercerse con responsabilidad.

Dejando por ahora la interpretación de este tema, siempre abierto e inconcluso, concretémosnos a las respuestas que han dado los alumnos, que nos llevan lógicamente, no a la teoría de

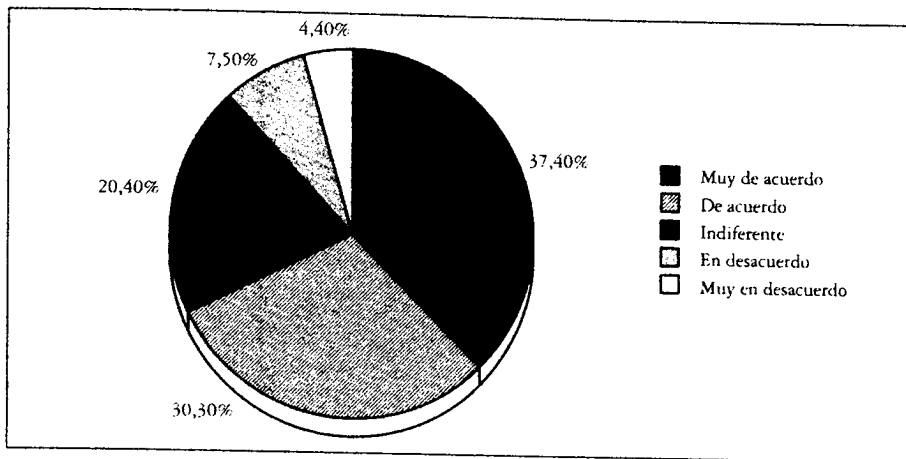


GRÁFICO 2.22
Mis padres respetan mis opiniones cuando son diferentes de las suyas

Fuente: *Tabla 2.6*

cómo la libertad debe ser otorgada, preparada y estimulada, sino sencillamente a cómo viven los niños la libertad que encuentran en el ámbito familiar.

Se reitera que los padres en estas edades tienen poco en cuenta las opiniones de los niños. Su indudable cariño les empuja hacia el ideal del hijo, a veces en el que proyectan sus propias limitaciones y aun frustraciones. El hijo debe alcanzar un alto nivel cultural y social, y para ello ha de tener una cuidadosa preparación, si es posible superior a la que ellos recibieron. Por ello imponen sus opiniones para que el niño acabe amoldando su conducta a este patrón ideal y se prepare para cumplirlo un día en sociedad. En este caso no se trata de lo que pueda acontecer en la realidad captable bajo otros ángulos; por ejemplo, lo que piensan de los padres y profesores.

Aquí se trata nada menos que de la opinión de los propios niños.

Un 48,4 % aseguran que los padres respetan «siempre» su opinión, y hay que añadir un 25,7 % que aseguran que «muchas veces» la tienen en cuenta. En conjunto totalizan los 2/3 de la población. Si comprobamos que el «nunca» es sólo de un 2,3 %, y que el de «pocas veces» suma un 4,5 %, nos encontramos con que la actitud de los padres es de una comprensión que al menos no coincide con las imágenes difundidas a través de una percepción global indiscriminada y no contrastada.

Todavía habría que añadir ese 19,1 % de los alumnos que aseguran que «algunas veces» se les tiene en cuenta, lo cual indica que, aun en estos casos, esa quinta parte de la población reconoce

que no hay una oposición sistemática, si bien no llegan al grado de comprensión que reciben los otros 2/3.

El enunciado del *Gráfico 2.22* por una parte reconfirma el de la pregunta anterior, pero por otra es más comprometedor, puesto que inquiriere si se respetan sus opiniones cuando difieren de las que sustentan sus padres. La pregunta está formulada también de un modo distinto, para evitar la contaminación de otras.

Hay, como era previsible, un ligero descenso. La suma de los que afirman que se respetan estas opiniones desciende ligeramente en lo que pudiéramos designar como positivas, y en cambio aumentan ligeramente en lo negativo. El 74,2 %, que afirmaban que «siempre» o «muchas veces» respetan sus opiniones los padres, aquí descienden al 67,7 %, cuando están contrapuestas a las suyas. Sin embargo, ese 6,4 % de diferencia sigue siendo un dato que revela que, aun en esa confrontación de opiniones, el respeto de los padres se mantiene en más de los 2/3. Y el desacuerdo se mantiene bajo (11,9 %), que supera sólo en 5 puntos el ítem anterior.

Parece que si los padres se preocupan en exceso frenan su espontaneidad, cosa que no parecen abonar los ítems anteriores. Quizá la matización «en exceso» ha podido influir o tal vez se han fijado al responder en «se preocupan». Habría que comprobar a través de entrevistas si han querido subrayar la preocupación o su condición extrema. Lo que resulta patente es que hay un cuidado general de los padres por los hijos. De hecho, un 68,9 % aseguran que sus padres se preocupan de ellos (según el 43,7 %, lo hacen en exceso).

TABLA 2.18
*Cuando vuelvo,
tengo que explicar
dónde he estado
(Niños)*

SEXO/EDAD	Siempre	Muchas veces	Algunas veces	Pocas veces	Nunca
Niños					
8-10 años	42,4	14,3	17,1	12,1	14,0
+ 10 años	33,7	9,8	20,3	14,3	21,9

TABLA 2.19
*Cuando vuelvo,
tengo que explicar
dónde he estado
(Niñas)*

SEXO/EDAD	Siempre	Muchas veces	Algunas veces	Pocas veces	Nunca
Niñas					
8-10 años	25,7	25,0	21,2	16,6	10,9
+ 10 años	22,0	18,7	25,9	19,5	13,9

La pregunta implícita en el enunciado del *Gráfico 2.23* no parece coincidir con la anterior. Cuando llegan a casa, no deben dar explicaciones de dónde han estado, «nunca», el 14,8 %; «pocas veces», el 15,9 %. Si juntamos el «siempre» y el «muchas veces» nos encontramos con un 47,8 %. Cifra muy inferior a los que afirman que los padres se preocupan de ellos en exceso. El hecho de pedir explicaciones puede significar, para la mayor parte, que no implica un «exceso» de preocupación por parte de los padres, sino que se entiende como una responsabilidad normal.

¿Cuál es el comportamiento de los padres con los hijos y con las hijas, según edad? Se constatan claras diferencias, tanto por razón de sexo como por la edad.

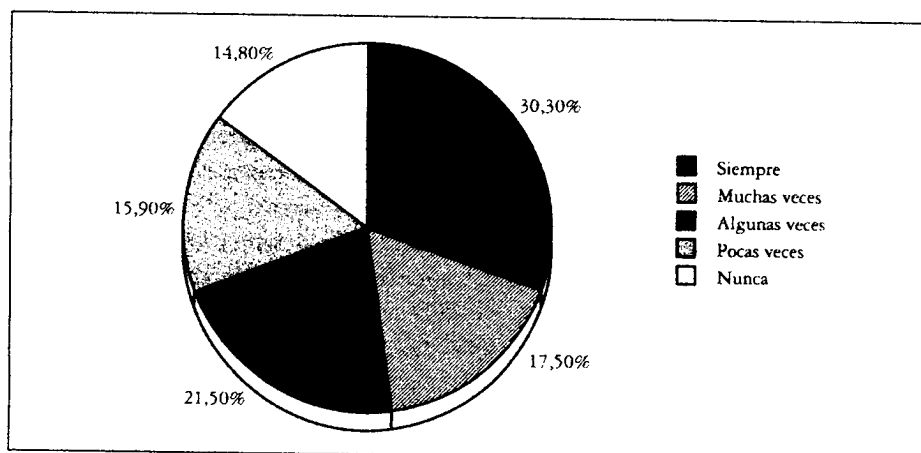
Los niños de menos de 10 años tienen que dar explicaciones sobre dónde han estado, «siempre» o «muchas veces» en un 56,7 %. Resulta un tanto extraño que «nunca» tengan que darlas el 14,0 %. Sumando los que «algunas» o «pocas veces» las tienen que dar, nos encontramos con un 43,2 % de niños de hasta 10 años que habitualmente no tienen que explicar a sus padres en dónde han es-

tado, lo cual parece de una permisividad excesiva a estas edades. La cifra asciende más todavía cuando se trata de niños de más de 10 años (56,5 %). Menos de la mitad tienen que dar explicaciones «siempre» o «muchas veces» (43,5 %). El resto se distribuye en los que las dan «algunas», «pocas veces» o «nunca». Habría que distinguir en este grupo los de 14 años de los de 10, pero en cualquier caso se revela esa progresiva independencia, tal vez una cierta rebeldía.

Tempranamente, los niños aprenden a responder a la pregunta sobre dónde han estado con un «por ahí», que debe ser un lugar vastísimo, porque es el punto de encuentro de todos los jóvenes (*Tabla 2.18*).

En las niñas de 10 años aparece un aumento en las opciones de «algunas veces», «pocas» o «nunca», y un descenso en las de «siempre» y «muchas veces». Sin embargo, aquí las cifras son inferiores a las de los niños. A partir de los 10 años se constata una leve y progresiva independencia, menos acusada, con saltos menos dramáticos que en los niños. Sin embargo, las cifras globales tienen cierto parecido (Ver *Tabla 2.19*).

GRÁFICO 2.23
Cuando llego a casa, tengo que dar explicaciones sobre dónde he estado



Fuente: *Tabla 2.7*

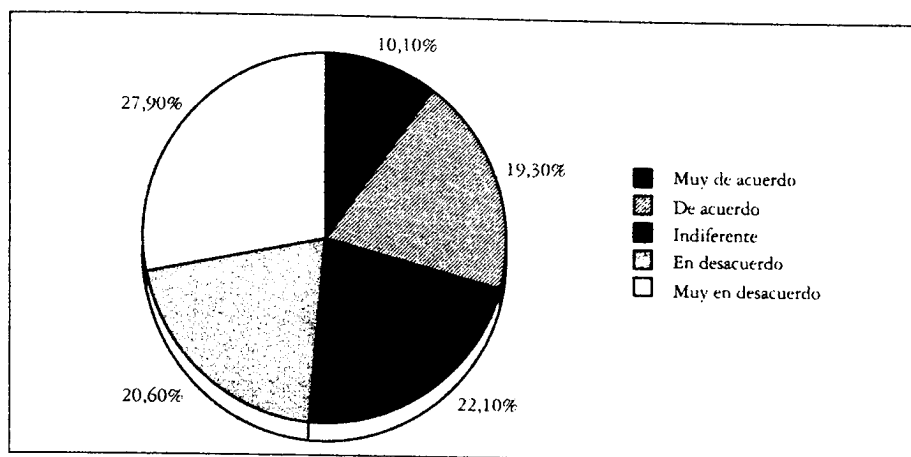


GRÁFICO 2.24
Mis amigos hacen cosas que a mí no me dejan hacer

Fuente: *Tabla 2.2*

La pregunta reflejada en el *Gráfico 2.24* va formulada de un modo comparativo. ¿Le dejan hacer al niño menos cosas de las que se les permiten a sus amigos? Sólo están muy de acuerdo un 10,1 % que, sumado al 19,3 % de los que están de acuerdo, queda en un 29,4 %, cifra inferior al 48,5 % de los que opinan que tienen tanta libertad como sus compañeros.

Aunque las cifras descienden en esta valoración positiva de la libertad, no parece que desmientan la opinión generalizada de que gozan de la libertad de acuerdo a sus posibilidades y a su desarrollo psicobiológico, al menos tal como lo perciben ellos.

Una última pregunta que parece menos importante y que sin embargo puede ser reveladora de la percepción de ese ámbito de libertad reclamado por su desarrollo esta visualizada en la proposición «debo ser yo quien elija la ropa que debo llevar y no mi madre». Ese ítem concreta esta capacidad de elección personal a «la ropa que debo llevar».

El 56,3 % están de acuerdo con esta afirmación. Revela ya un ámbito en donde el gusto materno no debe imperar sobre el del niño, según la percepción de éstos. Sin embargo, hay todavía una cuarta parte que se quedan indiferentes ante el tema, y un 19,9 % que están en desacuerdo con esta afirmación y no sienten tal necesidad.

Ante este ítem, cómo reaccionan los niños y

niñas entre 8-10 años y los de más de 10 años? Veamos en primer lugar los niños, a tenor de la *Tabla 2.20*. Sumando los que están «de acuerdo» y los «muy de acuerdo», un 39,6 % de los niños suscriben esta afirmación antes de los 10 años. Curiosamente, después de los 10 la cifra descendió 2 puntos, aumenta el número de los indiferentes alrededor de 6 puntos y los desacuerdos con esa afirmación (4 puntos). Es, pues, un ítem no muy revelador desde el punto de vista de los niños, cuyo interés por elegir la ropa decae en los mayores. Tal vez porque un modo de rebeldía es mostrar descuido en el vestir.

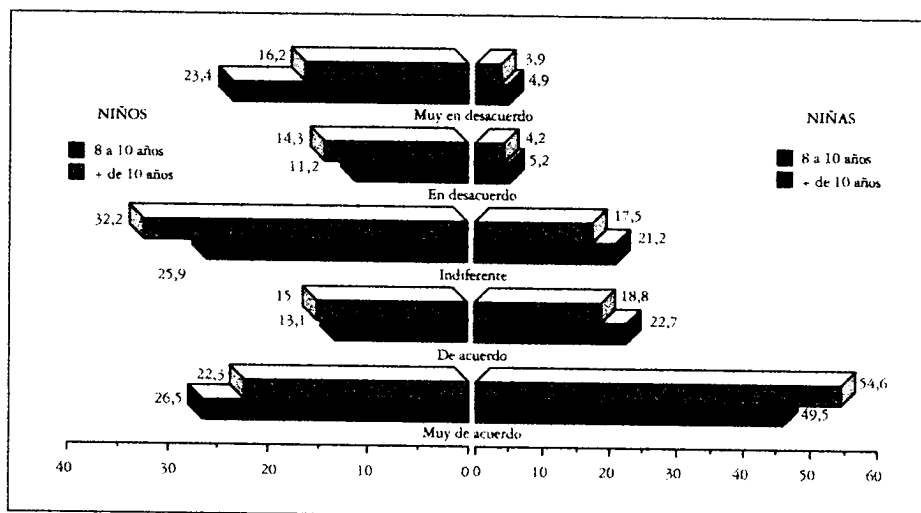
En este ítem, como era previsible, hay una notable diferencia por sexos, y no tanto por edades. Aunque sí hay un ligero aumento de independencia en las mayores de 10 años, y por tanto las cifras se elevan un poco, las diferencias verdaderamente significativas las encontramos en que mientras sólo un 37,3 % de niños en edades superiores a 10 años están «de acuerdo» o «muy de acuerdo» con que deben ser ellos quienes elijan la ropa, las niñas presentan un abrumador 73,4 %.

Este hecho queda constatado también en el punto de indiferencia, pues mientras que a los niños mayores de 10 años les es indiferente esta cuestión en un 32,2 %, a las niñas tan sólo en un 17,5 %. Queda patente esa progresiva independencia en la mujer al elegir su propia ropa.

NINOS/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños					
8-10 años	26,5	13,1	25,9	11,2	23,4
+ 10 años	22,3	15,0	32,2	14,3	16,2

TABLA 2.20
Debo ser yo y no mi madre quien elija la ropa que debo llevar (Niños)

GRÁFICO 2.25
Debo ser yo y no mi madre quien elija la ropa que debo llevar (según variantes de sexo y edad)



Fuente: Tablas 2.20 y 2.21

TABLA 2.21
Debo ser yo y no mi madre quien elija la ropa que debo llevar (Niñas)

NIÑAS/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niñas					
8-10 años	45,9	22,7	21,2	5,2	4,9
+ 10 años	54,6	18,8	17,5	4,2	3,9

Se puede concluir que, de los aspectos contemplados: el respeto de los padres por las opiniones del niño, incluso cuando son contrapuestas, el hecho de tener que dar explicaciones «en dónde has estado», o si consideran que sus amigos gozan de más libertad, revela en conjunto que el niño percibe que no está coaccionado, que se le cuida y se preocupan por él, tal vez en exceso, pero no en límites que resulten agobiantes. Si contemplamos las cifras desde otro ángulo, y pese a las bajas cotas negativas, aparecen desajustes que merecen ser estudiados. Es esperanzador contemplar la mayoría integrada, sin graves conflictos ni tensiones. Esa libertad progresivamente reclamada, encuentra una respuesta positiva y bastante adecuada por parte de los padres, pero a la vez hay que contemplar lo que esto pueda implicar de dejación de responsabilidades, tal vez por estar preocupados por otras cuestiones.

2.6 La percepción de los roles familiares por los niños

El cambio de los roles familiares se está produciendo de una manera profunda, especialmente a

partir del siglo XX, y más aceleradamente en su segunda mitad. No se trata aquí de analizar los cambiantes roles según países, épocas o culturas, ni menos todavía de trazar un código ideal en la distribución de esos roles, sino sencillamente de descubrir cómo los perciben y valoran nuestros encuestados.

Niños y jóvenes son el mejor signo y presagio del futuro. Para otear la marcha de la historia es conveniente comprobar los nuevos *ethos*, es decir, las nuevas percepciones de valores que imantan las preferencias de las generaciones que comienzan. Tradicionalmente, el hombre tenía la responsabilidad de trabajar fuera de casa, de sostener la familia con su salario, en tanto que la mujer se responsabilizaba de las tareas hogareñas. Hoy la mujer ha de salir fuera para contribuir con su sueldo a la economía familiar, o tal vez para su autorrealización personal en el ámbito profesional, más allá de las labores domésticas. Esto obliga a una distribución de papeles y, de alguna manera, a que todos colaboren en las tareas familiares.

Todavía en numerosos hogares las madres son las encargadas del aseo de la casa, de cuidar a los niños, y el trabajo fuera corresponde a los hombres. El campo, la mina, las actividades indus-

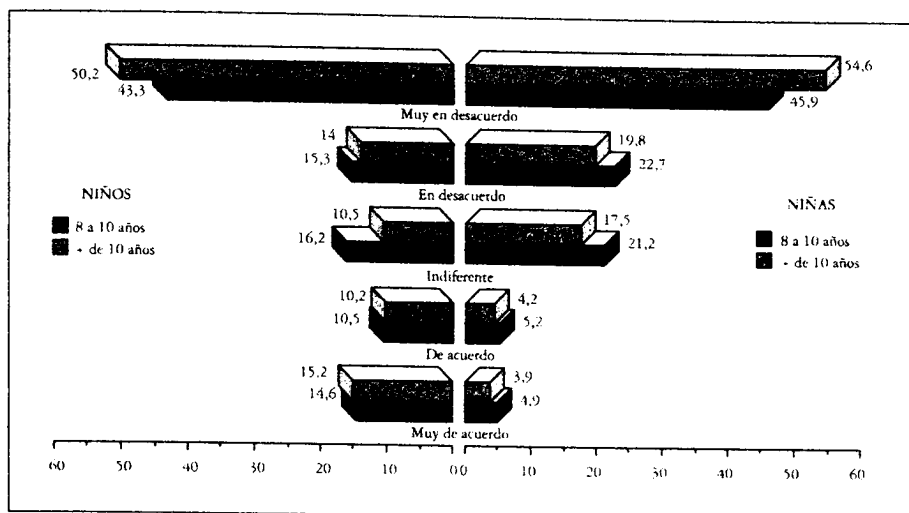


GRÁFICO 2.26
Las mujeres/chicas no deberían trabajar (fuera de casa)

Fuente: *Tabla 2.22*

NIÑOS/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños					
8-10 años	14,6	10,5	16,2	15,3	43,3
+ 10 años	15,2	10,2	10,5	14,0	50,2

TABLA 2.22
Las mujeres/chicas no deberían trabajar (fuera de casa) (Niños)

triales, ya menos el mundo de los servicios, son copados en su mayoría por los hombres. ¿Cómo perciben los niños esta realidad?

Sólo un 17,8 % están de acuerdo con la afirmación de que «la mujeres/chicas no deberían trabajar» (*Tabla 2.22*), en tanto que un 67,5 % están en desacuerdo. Queda todavía un 14,7 % que no se pronuncian pero en cualquier caso hay cuatro veces más de niños que se inclinan por que el rol de la mujer está no sólo en casa sino también fuera, desempeñando una función en la que pueda obtener ganancia económica y realización personal. La tendencia social está respaldada por los niños que la sienten como una situación normal y aun deseable. Se oponen a la idea de que la mujer no debería trabajar fuera del hogar.

La reacción a esta pregunta merece verse de una manera más matizada, separando la opinión de niños y, niñas y a su vez, subdividiéndolos a partir de los 10 años.

Hay un ligero aumento de los desacuerdos con esa afirmación en los mayores. Sumando los «en desacuerdo» y «muy en desacuerdo», frente al 58,6 % de menores de 10 años, nos encontramos con un 64,2 % de mayores que se oponen a esa idea, es decir, ha aumentado el rechazo en un 6 %.

Hay una percepción fina de este papel de la mujer, y una oposición generalizada a que las chicas no deberían trabajar, con un ligero aumento a partir de los 10 años, pero la percepción de este rol femenino, más complejo, más proyectado en la sociedad, es compartido desde edades tempranas. El desacuerdo es mayor por parte de las niñas (*Tabla 2.23*).

Veamos la opinión de las niñas.

Sumando los desacuerdos, nos encontramos nada menos con que un 68,6 % en las niñas menores de 10 años están en desacuerdo. La cifra sube a un 74,4 % en las mayores, mientras obser-

NIÑAS/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niñas					
8-10 años	1,9	5,2	21,2	22,7	45,9
+ 10 años	3,9	4,2	17,5	19,8	54,6

TABLA 2.23
Las mujeres/chicas no deberían trabajar (fuera de casa) (Niñas)

TABLA 2.24
Lo más importante
para una mujer es
que tenga hijos

EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños					
8-10 años	33,8	24,6	24,9	8,5	8,2
+ 10 años	26,3	26,3	23,2	12,4	11,7

vamos un 8,1 % en acuerdo y un 17,5 % de indiferentes, lo cual viene a reforzar lo que se ha venido constatando en otros ítems (*Gráfico 2.26*).

Las niñas de hoy, futuras mujeres del mañana, quieren tener un papel más activo dentro de la sociedad, opinión respaldada también por los niños. La igualdad, tantas veces reivindicada, aparece en las tendencias de nuestros niños.

La pregunta implícita en la afirmación «los hombres no deberían cocinar», viene a reconfirmar la anterior, bajo un aspecto más concreto y específico. Dentro de la casa, una de las tareas capitales ha sido la cocina. Exige estar en el hogar a horas determinadas y, por supuesto, en los tres momentos capitales del desayuno, la comida y la cena.

La cocina suele ser laboriosa en su preparación y, con el lavado de la vajilla, consume gran parte de las tareas de la mujer que está en casa. Ha sido, por ello, uno de los reductos más genuinos de las labores domésticas.

Es, pues, un buen indicador de esa tendencia al trabajo en casa. En una distribución de tareas pretérita, tradicional, el hombre no tenía obligación de cocinar.

¿Qué piensan los niños de esa desvinculación del hombre de estas tareas culinarias? En su mayoría, no piensan mal. Tal vez porque están comprobando lo contrario en sus casas y porque no ven ninguna razón para que así no sea, porque no sufre merma la vida familiar si el hombre también interviene en la cocina, y más aun porque comprueba que no pocos de sus padres gozan elaborando sus platos favoritos. Constituye un motivo de conversación el qué, el cómo se hizo y contribuye a la comunicación familiar.

Los niños, en su mayoría, se oponen a esa idea de que los hombres no deberían cocinar. Un 64,7 % no están de acuerdo con tal idea. Sólo hay un 18,0 % que la aceptan, pero todavía un 17,3 % que no se pronuncian. Estamos, pues, en la proporción de tres contra uno en esa percepción de los nuevos roles. Los niños, ya no en el plano fá-

ctico sino en el de lo deseable, están por que también el hombre ocupe ese terreno común de la cocina.

La afirmación de que «lo más importante para una mujer es que tenga hijos» parece más comprometida en la percepción de la vida familiar. Podría ponerse en relación con la pregunta sobre el deseo de tener hermanos, pero ciertamente está formulada de un modo complicado. ¿Lo decisivo en la mujer son sus hijos, su función maternal, o hay algunas otras funciones que pueden completarla? Hay mujeres que no son madres y se autorrealizan en su vocación profesional, religiosa, etc., pero sin duda la función materna es algo importante en la mujer, siquiera haya otras que deban conjugarse también con ésta.

Circunscribiéndonos a lo que piensan los niños, no hay una clara polarización hacia una respuesta, tal vez porque la situación fáctica es la de la familia nuclear, reducida, donde el número de hijos no suele superar el de dos y no pocas veces es uno solo. El número de respuestas positivas a esta afirmación es de un 42,2 %. En desacuerdo se encuentra un 28,0 %, y no se atreve a pronunciarse un 29,7 %. Los niños reconocen que es importante la función maternal en la mujer, pero a la vez se comprende también la validez de otras tareas y funciones. Ven la importancia de la madre, pero no sólo en su función maternal.

Consideremos ahora la misma pregunta siguiendo nuestra división entre los niños de 8-10 años y los que sobrepasan esa edad.

En general, están más de acuerdo con esta afirmación los pequeños que los mayores. Sumando los que están «muy de acuerdo» y «de acuerdo», nos encontramos con que los menores suman un 58,4 %, cifra que ha descendido ligeramente a un 52,6 % en los mayores de 10 años. El rechazo a esta afirmación lógicamente es superior en los mayores, con un 24,1 %, en tanto que en los menores baja al 16,7 %. Hay una ligera valoración superior de la función maternal en los más pequeños, tal vez porque sienten más la necesidad

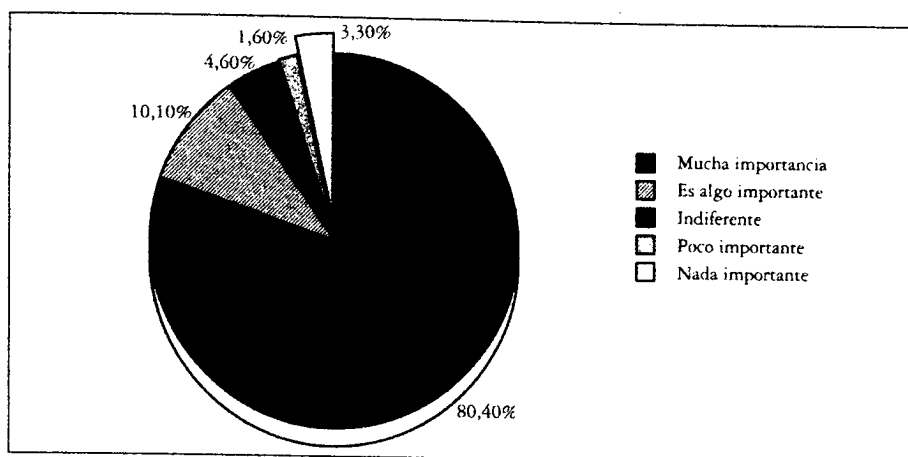


GRÁFICO 2.27
¿Qué importancia
tiene para ti tener
hermanos?

Fuente: *Tabla 2.25*

de la madre, de tenerla junto a sí durante todo el día, pero aun en los mayores, los que consideran prioritario que la mujer tenga hijos superan en más del doble a los que no suscriben tal afirmación.

2.7 Los hermanos

En el entorno familiar un elemento clave son los hermanos. ¿Qué actitudes tiene el niño respecto a sus hermanos, tenidos o deseados? Los padres ¿se comportan de un modo justo, equitativo, los tratan por igual o se constatan preferencias, desigualdades o arbitrariedades que harían perder la cohesión de la familia?

Antes de contestar a estas preguntas, veamos los datos obtenidos en esta cuestión «fáctica». La pregunta fue:

«*Cuántos hermanos tienes?*» Las respuestas: Ninguno = 8,4 %; 1 = 45,5 %; 2 = 26,0 %; 3 = 11,2 %; 4 = 4,8 %; 5 = 2,4 %; 6 = 0,6 %; 7 = 0,5 %, 8 = 0,4 %.

Esta distribución demográfica de la población encuestada refleja aproximadamente la situación nacional. A nosotros nos interesa la repercusión educativa y las reacciones de los niños, teniendo en cuenta este factor.

Tenemos datos de las preguntas referentes a los hermanos, pero vale la pena seguir profundizando en las reacciones, las estimaciones, según este factor del número de hijos, con vistas a los comportamientos más adecuados.

Pasemos ahora a una cuestión valorativa. La prueba máxima de que algo se quiere de veras es que se desea su existencia. El amor auténtico no se detiene en fantasías. Quiere conseguir o realizar. En definitiva, traer a la realidad —siquiera sea para uno mismo— el objeto amado.

Tener hermanos tiene mucha importancia prácticamente para todos. Pocos ítems han conseguido una puntuación tan elevada en esta opción quinta. Les es indiferente a un escaso 5 %, y no les importa nada a un 3,3 %. Entre poco y algo suman un 11,7 %. La puntuación media es de las más altas, un 4,6, que indica claramente que el niño goza con sus hermanos. Si los tiene, está más contento, y si no, desea tenerlos. Frente a los hábitos de las familias de tener cada vez menos hijos, los niños no se dejan influir y dan mucha importancia a tener hermanos.

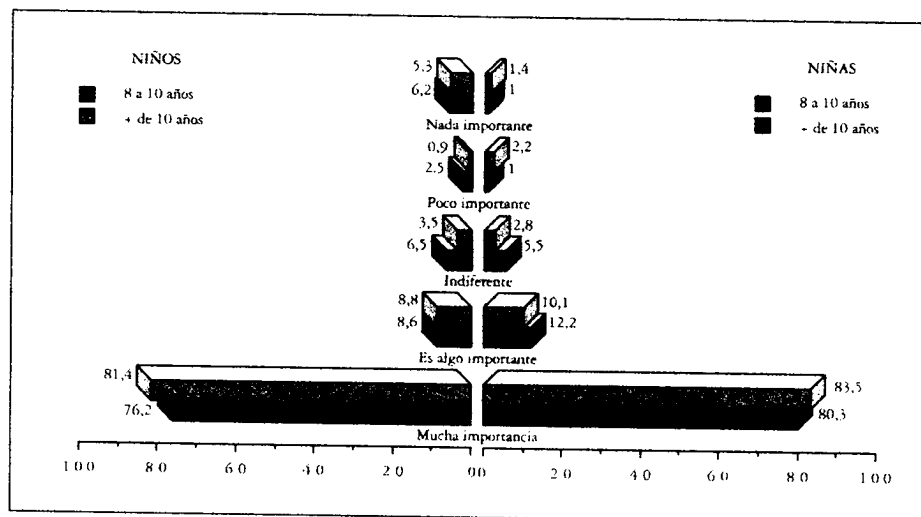
Veamos las opiniones de los niños y de las niñas, divididos ambos grupos en los dos sectores de edad elegidos, 8-10 años, o más de 10 años. En primer, lugar los niños.

Los niños de más de 10 años sienten más la necesidad que sus hermanos más pequeños, si bien

Niños/EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
Niños					
8-10 años	76,2	8,6	6,5	2,5	6,2
+ 10 años	81,4	8,8	3,5	0,9	5,3

TABLA 2.25
¿Qué importancia
tiene para ti tener
hermanos?

GRÁFICO 2.28
¿Qué importancia
tiene para ti tener
hermanos? (Niños y
niñas, de 8 a 10, y
más años)



Fuente: Tablas 2.25 y 2.26

TABLA 2.26
¿Qué importancia
tiene para ti tener
hermanos?

NIÑAS/EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
Niñas					
8-10 años	80,3	12,2	5,5	1,0	1,0
+ 10 años	83,5	10,1	2,8	2,2	1,4

las diferencias son escasas y hay una abrumadora afirmación en favor de los hermanos. Le dan mucha importancia el 81,4 % de los mayores frente al 76,2 % de los pequeños. Mientras éstos necesitan el cariño y el apoyo de los padres, los mayores se sienten impulsados a ampliar estas relaciones y los hermanos son la primera oportunidad de dilatar el espacio social y de forjar su personalidad en comunicación y contraste con otros que no sean los padres. Lógicamente, el rechazo a esta afirmación es mayor en los de 10 años, con un 6,2 %, que conceden poca o nada de importancia al tener hermanos, en tanto que los menores de 10 años, hay en las mismas categorías un 8,7 % (Tabla 2.25).

¿Y qué piensan las niñas? ¿Qué importancia conceden a tener hermanos? Las niñas, más afectivas, sienten todavía más la necesidad de tener hermanos que los niños, si bien las diferencias son pequeñas, dada la abrumadora inclinación, cualquiera que sea el sexo y la edad. También en las niñas aumenta el deseo de tener hermanos con la edad. Tres puntos de diferencia hay en esta tendencia en favor de los hermanos en las mayores de 10 años (Tabla 2.26).

La inmensa mayoría (4/5 partes de niños y niñas) conceden mucha importancia a tener her-

manos. Si sumamos los que conceden algo de importancia, nos acercamos al 90 %, con una ligera ventaja de las niñas sobre los niños y de los mayores sobre los menores (Gráfico 2.28).

Los hermanos son una pieza esencial en la configuración de nuestras vidas y un constitutivo familiar de primer orden, y los niños lo viven profundamente.

Un 62,0 % declaran que confían en sus hermanos cuando tienen problemas, mientras que el 10,8 % responden que nunca, grupo éste que merece una reflexión especial. Queda todavía un 27,2 % asegurando que «algunas» o «pocas veces» confían en ellos cuando tienen algún problema.

No necesariamente el hermano es el mejor ni el primer confidente. Es más frecuente recurrir al amigo que tiene su misma edad, está en su mismo curso, al que le une una gran confianza y un contacto cotidiano, mientras que los hermanos suelen tener sus propios amigos y pertenecen a otros grupos.

A pesar de esto, sigue siendo muy alta la proporción de los que confían en sus hermanos. Los datos son concluyentes: los hermanos están bien compenetrados, y en general, cuando alguno tiene un problema, recurre a ellos. Lo que nos sorprende un poco es esa alta proporción.

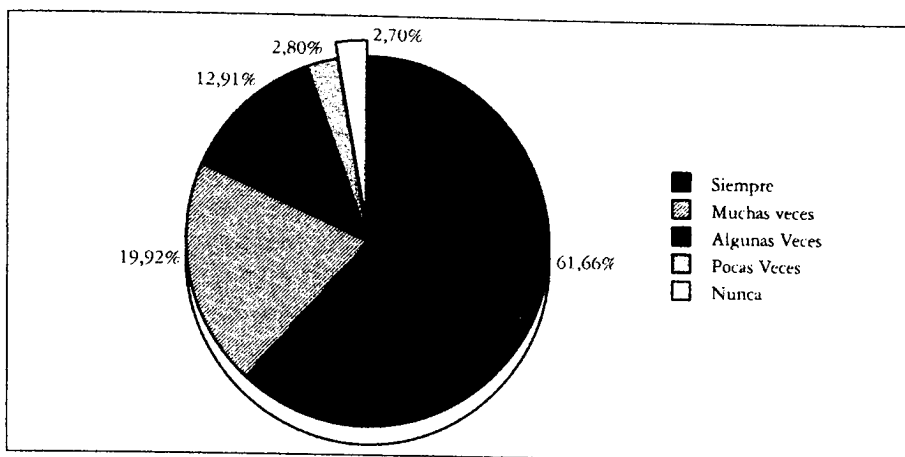


GRÁFICO 2.29
Mis padres son justos entre los hermanos

Fuente: *Tabla 2.7*

Nos preocupa el grupo de los que rechazan acudir a los hermanos. Se nos plantea enseguida el primer interrogante: ¿Es que los tiene ese tanto por ciento que dicen no recurrir a sus hermanos? Comprendo la perplejidad del alumno que se encuentra ante esta opción, cuya intención es la de si recurre, caso de que los tenga. De hecho, más del 8 % son hijos únicos. Si el alumno no tiene un hermano a quien presentar sus problemas, lógicamente habrá puesto tal vez entre la ironía y cierta amargura: *nunca*. También puede suceder que se tengan hermanos, pero que sean muy pequeños como para recurrir a ellos.

La cuestión sobre la justicia de los padres entre los hermanos es importante. Cuando los padres manifiestan preferencias por alguno de los hermanos, se establece un clima de celos, enemistades, de soterradas o patentes rivalidades, que van deteriorando la vida familiar. Establecer la justicia en casa, premiar méritos y atender las necesidades de cada uno, para que todos se sientan igualmente reconocidos y queridos en sus capacidades diferenciales, requiere una prudencia extraordinaria por parte de los padres.

Cada cual tiende a sobrevalorar lo que se otorga los demás. A pesar de no ser fácil situación, parece que los padres la resuelven de un modo acertado. Más de las 4/5 partes opinan que sus padres se comportan de un modo justo. Sin embargo, ese 5,5 % de los que piensan que sus padres son injustos nos mueve a no olvidar este grupo y bien merece que los padres mediten sobre él. No es que habitualmente, ni menos conscientemente, se comporten de una manera injusta, pero puede que, sin reparar en ello, sin pretenderlo, en algunas ocasiones su conducta no sea

acertada, o al menos así es interpretada por los hijos. La justicia es una virtud capital en las relaciones sociales. Ya Platón dijo que era la primera: de alguna manera, la que establecía el punto de acuerdo y equilibrio entre las otras virtudes. Los padres deben cuidarla para garantizar la armonía familiar.

No es sorprendente ese abrumador tanto por ciento de acuerdos (9/10 partes) en celebrar el cumpleaños. Lógicamente, los desacuerdos son mínimos (4,3 %).

El cumpleaños es una oportunidad de que a la vez se conjuguen la integración familiar y la tendencia del niño a estar con sus amigos, con los que usualmente se reúne fuera de casa. Celebrar el cumpleaños significa disfrutar en su hogar con sus amistades. La invitación suele extenderse a todos los que tienen una relación afectiva con el niño. Éste elige en esta oportunidad a todos aquellos con los que lo pasa bien, aquellos con quienes convive y quiere tenerlos cerca.

El niño en el cumpleaños se siente importante, es el centro de la fiesta. El momento de la tarta, de apagar las velas, de escuchar «es un muchacho (o muchacha) excelente» le llena de una enorme alegría. Olvida decepciones, tensiones, y percibe en el cumpleaños que sus padres y amigos le quieren más de lo que creía. Los padres no deben olvidar esta ocasión y extenderla a otras fechas.

El espacio familiar debe ser también donde el niño convive habitualmente con sus amigos. Así no tiene necesidad de salir de casa para sentirse importante y compartir su tiempo y sus ocios con aquellos a quienes más estima. Los amigos pueden contribuir a elevar la calidad de las interacciones familiares.

En estos actos podemos observar comportamientos que nos permitan conocer mejor a nuestros hijos, pero a la vez también a sus amigos, que van a influir decisivamente en su conducta.

Hay que estudiar ese 4,3 % de aquellos a quienes no les gusta celebrar su cumpleaños, más el 6,4 % de indiferentes que en conjunto constituyen 1/10 del total, puesto que, respetando las diferencias individuales, resulta un poco extraño su comportamiento. El introvertido no tiene especial interés de participar en actos colectivos ruidosos, en estar en primer lugar de la escena, en resistir toda una tarde de gritería, que estima como superficial o se siente incómodo ante la necesidad de hacer gracias, de estar divertido a plazo fijo, y preferiría otro tipo de relaciones interpersonales más sencillas. Aun teniendo en cuenta la complejidad y diversidad de sus reacciones, habría que estudiar ese tanto por ciento, para evitar en lo posible inhibiciones y bloqueos. Hay que procurar que nuestros hijos también se abran a este tipo de actuaciones que la vida social les impondrá.

2.8 Premios y castigos

Desde siempre, para modificar la conducta se han utilizado los premios y los castigos, los estímulos para lo que parece deseable y los castigos para evitar lo indeseable, son los refuerzos positivos y negativos del conductismo. Hemos querido averiguar cuál es la percepción de los niños respecto al uso de los premios y castigos que reciben.

Un 60,9 % de los niños no aceptan que los padres castigan mucho a sus hijos. Hay un 21,1 % que suscriben esta afirmación, es decir, de cada cinco, uno. Nos movemos casi siempre en estas altas cifras de reacción positiva, si bien habría que estudiar ese quinto que tiene la impresión de que los castigos son excesivos. Aun restando de esta proporción aquellos que en principio rechazan cualquier castigo por muy razonable que sea,

habría que analizar este punto cuidadosamente. Mientas que los refuerzos positivos, si se dan de un modo adecuado al sujeto y a la acción, pueden poseer una alta eficacia, los negativos no producen tan automático efecto y tienen efectos colaterales indeseables. Sin renunciar por principio a ellos y buscando siempre la proporcionalidad y su capacidad educadora, habría que trabajar en este campo teniendo como criterio al óptima interacción familiar y sobre todo el armónico desarrollo del niño.

Analicemos ahora las reacciones de los niños, divididos en dos grupos, por la cesura de los 10 años.

Los niños mayores piensan que los padres no castigan mucho a sus hijos, pero son un poco más pesimistas que los más pequeños al contemplar esta relación familiar. Cuatro puntos de diferencia respecto a los menores sumando los que están «muy» y «de acuerdo» con esa afirmación, y 10 puntos menos en el desacuerdo, claramente lo indican.

Los mayores, que van acentuando su personalidad, tienen sus propios criterios y empiezan a discutir las normas por las que se los castiga. A pesar de esto, sólo un tercio escaso sostienen que los padres castigan mucho a sus hijos. Aun reconociendo que estas cifras son globalmente positivas, que haya ese aumento cuando el niño va adquiriendo la conciencia del valor de la norma y de su aplicación, es preocupante.

Juega lógicamente el desco de libertad, más allá de cualquier norma. Pero, insistimos, merece un estudio cuidadoso para aplicar una pedagogía del castigo con gran prudencia, y sobre todo teniendo en cuenta el objetivo máximo que es la forja de la personalidad naciente, más allá del cumplimiento estricto de las pequeñas normas familiares. No es fácil alcanzar este objetivo cuando se tiene la sensación, justificada o no, de que el castigo ha sido excesivo, inadecuado.

¿Y qué piensan las niñas de este comportamiento de los padres respecto a ellas?

TABLA 2.27
Acuerdo/desacuerdo
con la afirmación:
«Los padres
castigan mucho a
sus hijos»

Niños/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños					
8-10 años	13,0	14,9	15,2	26,3	30,7
+ 10 años	10,3	21,2	21,2	20,2	26,6

NIÑAS/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niñas					
8-10 años	7,8	9,3	22,8	32,8	27,2
+ 10 años	5,3	13,1	19,3	33,5	28,8

TABLA 2.28
Acuerdo/desacuerdo
con la afirmación:
«Los padres
castigan mucho a
sus hijos»

Las niñas están más de acuerdo con el comportamiento de los padres y su aplicación de los castigos. Quizá porque tienen más interiorizadas las normas: tal vez porque, con un sentido más profundamente personal, atienden menos a las normas que a las actitudes de los padres. Lo que les duele más que el castigo es la falta de cariño, el aparente y momentáneo alejamiento o enfrentamiento. Tal vez por esto perciben que el castigo ha sido aplicado en virtud de una norma, pero con la intención de mantener la armonía familiar. Lo cierto es que las niñas rechazan más que los niños la afirmación de que los padres castigan mucho. Antes de los 10 años, la diferencia sólo es de 3 puntos, pero a medida que se acercan o pisan la adolescencia, la cifra sube a 62,3 % de las que rechazan esa afirmación, un 15 % por encima de los niños (46,8 %).

Las que están de acuerdo con esta afirmación son menos que los niños, y aquí las diferencias son mayores todavía: de 11 puntos en las menores de 10 años, y de 14 en las mayores de esa edad. El choque de la preadolescencia y la adolescencia en búsqueda de la personalidad y de la autoafirmación parece tener un aire menos traumático en las niñas que en los niños. Resulta sorprendente tan elevada integración familiar, y el reconocimiento del valor del castigo que aplican los padres.

El hecho de que prácticamente 2/3 de las niñas rechacen que las castiguen sin motivo, indica su mayor sensibilidad a las reglas familiares. Pero el hecho de que quede ese residuo (10,3 %) indiferentes, que revelan posiblemente de actitudes inadecuadas de los padres, debe mover a una orientación y modificación del comportamiento, en esa nunca fácil pedagogía del castigo.

Con estas dos condiciones, «castigar sin motivo» y «muchas veces», de haber registrado un alto porcentaje de respuestas afirmativas, detectaría una situación altamente preocupante. Felizmente no ha sido así. El 75,7 %, que rechazan esta afirmación, lo revelan. Sin embargo, ese otro 14,0 % detectan una situación social y educativamente inquietante. El hecho de que haya niños a quienes les parezca que sus padres les castigan mucho y sin motivo, merece un análisis en profundidad y unas medidas educativas y sociales urgentes (*Gráfico 2.30*).

Las afirmaciones dobles como éstas «castigar sin motivo» y «muchas veces» llevan un cierto riesgo en su interpretación. ¿Tienen carácter conjunto? Es decir: ¿se les castiga muchas veces sin motivo, o se entiende que son castigados, por una parte, «muchas veces», con motivo o sin él, y de ellas algunas, no sabemos cuántas, sin motivo? En cualquier caso, merece seguir investigándose este punto con especial cuidado.

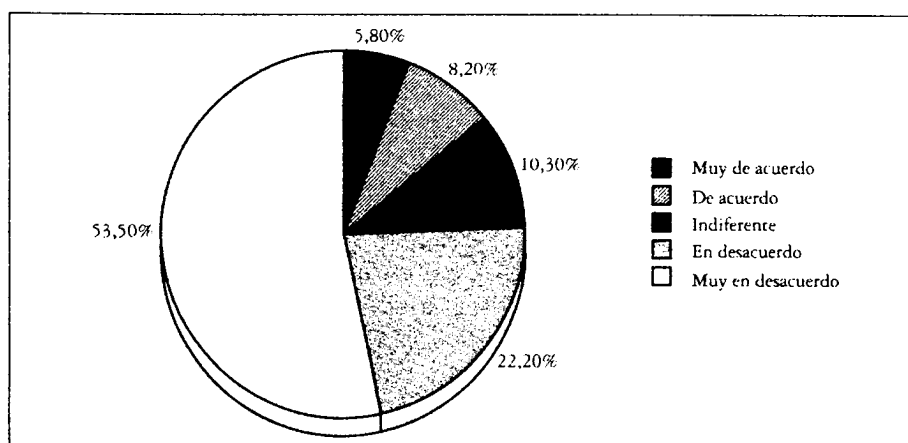
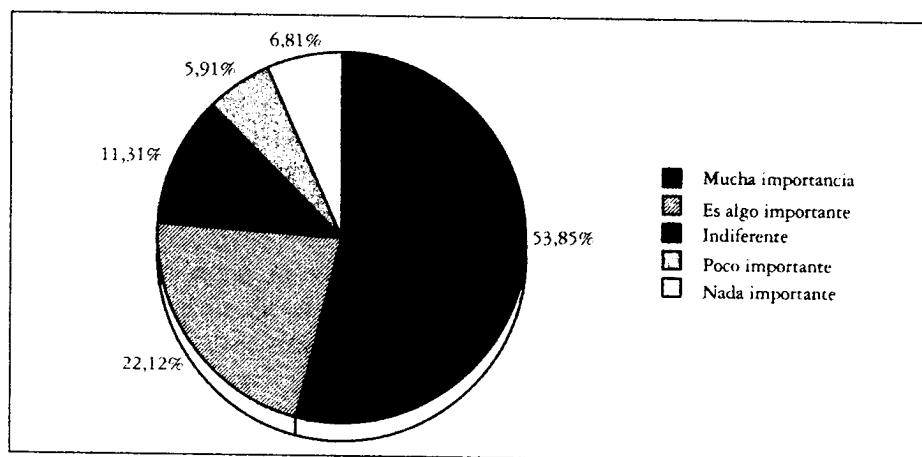


GRÁFICO 2.30
Mis padres me
castigan sin motivo
muchas veces

Fuente: *Tabla 2.3*

GRÁFICO 2.31
¿Qué importancia
tiene para ti que te
castiguen en casa
por algo que has
hecho mal?



Fuente: Tabla 2.4

El hecho de que el niño reciba un castigo por algo que ha hecho mal tiene mucha importancia para el 53,8 %. Habría que distinguir la importancia que tiene recibir el castigo en general, de cuando corresponde a algo que se ha hecho mal. ¿Significa que se ha reconocido el valor del castigo? ¿Que le ha movido a cambiar de conducta? ¿Que le ha deprimido más que le ha movido hacia una conducta mejor? Hay demasiados interrogantes, pero al menos debemos comprender que no deja indiferente al niño y que, por ello, tenemos que estudiar la oportunidad, la justicia, la eficacia, y si efectivamente contribuye a un comportamiento optimizante, superador de sus fallos. Queda un 11,3 % a quienes no hacen mella los castigos. Habría que ver si se trata de una pertinaz rebeldía, de un enfrentamiento sistemático con los padres o más bien si no les influyen, porque comprenden su justicia y por lo tanto lo estiman como normal (Gráfico 2.31).

Estos resultados no nos ofrecen una visión pesimista, como, a veces, parecen difundir los distintos medios de comunicación al acentuar los casos de niños maltratados, torturados, destacando, sin las debidas proporciones y el marco adecuado, sólo casos extremos y aun delictivos. El castigo, en ocasiones, puede tener efectos secundarios inesperados. Por ello habrá que someterlo a análisis más finos y a tratamientos educativos más eficaces.

La pregunta resulta difícil de responder desde la óptica del niño y aun desde cualquier óptica. Ese «mercidamente» implica que hay una correspondencia entre la buena o la mala acción y el castigo, una gradación según la gravedad de la acción o el esfuerzo que ha implicado realizarla.

Esa correspondencia responde a una escala, si no arbitraria, al menos tampoco de fácil justificación. Se castiga también el descuido o el error, la acción realizada con buena intención pero que tuvo resultados fallidos. La teoría de los castigos, el porqué, cómo, cuándo, dónde y su oportunidad, plantean serios interrogantes para hacernos meditar a la hora de su aplicación y evitar precipitaciones contraproducentes.

Sin alcanzar las altas cotas de respuestas anteriores, hay una aceptación generalizada de que los padres procuran ser justos. Un 57,0 % reconocen que cuando reciben un castigo ha sido merecido. Estiman que nunca les castigan justamente un 8,1 %, y aun queda un 37,5 % que reconocen que algunas o pocas veces este castigo es adecuado. Este tercio que valora de manera ambigua la actitud de los padres o su acierto en el castigo, es previsible, dada la dificultad del problema y más aún de su valoración por parte del que lo sufre. Pongámonos en la situación de cuando recibimos algún tipo de sanción, de castigo, en la vida social o profesional y comprenderemos que incluso el 57,0 % inicial nos parece una respuesta elevada en lo que pudiéramos considerar como «positiva».

Queda ese trágico 8,1 % que afirman que nunca les castigan merecidamente. ¿Arbitrariedad de los padres que castigan más según el humor, que a veces se exaltan «por nada», como descarga de tensiones y presiones anteriores, como una liberación de frustraciones nacidas en otros campos y momentos, y que viene a «pagar» el niño? He aquí una tarea no pequeña de investigación y de educación, aunque el tanto por ciento que lo sufre sea reducido.

EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
8-10 años	17,4	13,4	23,2	17,7	28,3
+ 10 años	8,8	9,3	23,7	28,6	29,7

TABLA 2.29
Acuerdo/desacuerdo con: «A mis padres les cuesta darme la paga»

Este ítem enfoca las relaciones paternofiliales desde el ángulo económico, el dinero que entregan los padres a los niños.

Las respuestas «positivas» no son tan elevadas como en los ítems anteriores, lo cual revela que no ha habido una inercia en las contestaciones y que están bien matizadas de acuerdo con sus estimaciones. La pregunta es posible que haya descortado ligeramente a más de uno. La paga parece corresponder a un sueldo, es decir a una cantidad regular para el niño, y es probable que gran parte de ellos no dispongan de una asignación fija. Hay padres que prefieren ir dando, según la necesidad y la oportunidad, para actividades ocasionales en momentos de ocio, o para adquirir productos o servicios necesarios en su vida personal o escolar. Las opiniones están divididas. Un 52,7 % parece que perciben de un modo regular una «paga», en tanto que el resto afirman lo contrario. Estas respuestas habría que matizarlas mediante entrevistas para comprobar la política de los padres en esta asignación monetaria. Por qué otorgan a sus hijos determinadas cantidades, en qué momentos, y para qué tipo de actividades.

Como en toda investigación, queda siempre abierto un amplio abanico de posibilidades inexploradas.

Veamos lo que responden los niños de acuerdo a la división de edad establecida.

Aquí también tenemos resultados inesperados. Suponemos que los niños, a medida que van ganando su autonomía personal, reclaman los medios para ello, y uno es disponer de dinero para sus gustos y actividades personales. Sin embargo, nos encontramos con que, a partir de los 10 años, los niños están en desacuerdo con esa afirmación en un 58,3 % frente al 46,0 % de los menores.

¿Significa esto que a partir de los 10 años los padres conceden una asignación más o menos regular y esto lo perciben bien los niños? Probablemente esta sea la explicación, pues de mantener la misma conducta en los pequeños que en los mayores, lo probable es que el rechazo del comportamiento paterno fuera mayor en los que ya han cumplido los 10 años. En cualquier caso, este acuerdo con las decisiones de los padres, mayor en los que han cumplido los 10 años que entre los pequeños, resulta ligeramente sorprendente.

Se repite hasta la saciedad que los padres miman en exceso a sus hijos, los colman de regalos y dejan abotargado su deseo de conquistar otras cosas, pues lo tienen todo y ya, lo cual mueve a un *ethos*, a una valoración de presente, de logro inmediato y no de resultados diferidos, que es lo que caracteriza al hombre maduro.

Sumando el «siempre» y el «muchas veces», hay un 44,0 % que responden que sí, pero el «nunca» tiene un elevado 17,5 %, y todavía queda un 38,4 % al que se le premia «algunas» o «pocas

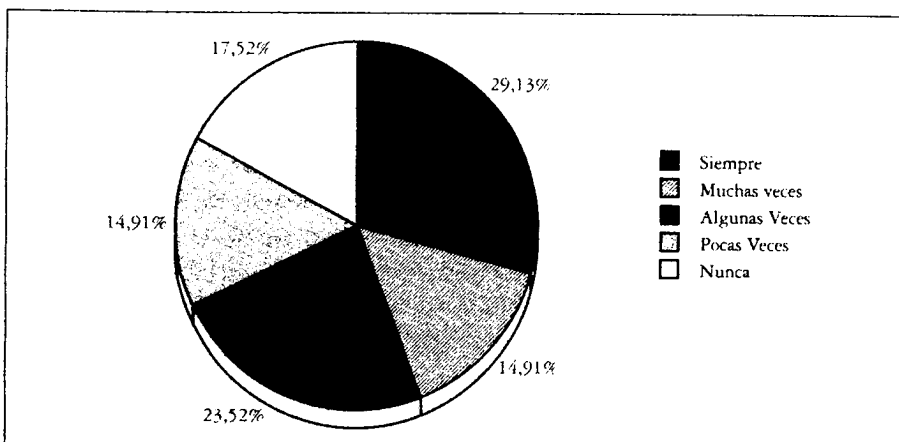
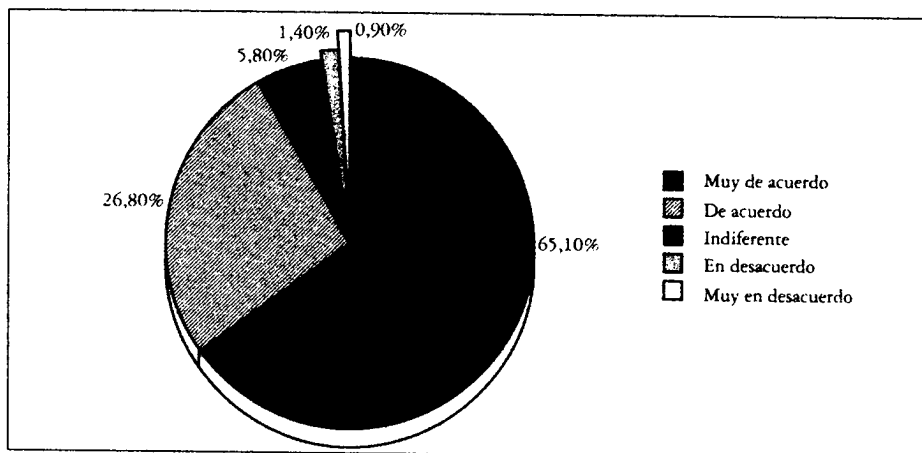


GRÁFICO 2.32
Mis padres me regalan algo cuando saco buenas notas

Fuente: Tabla 2.7

GRÁFICO 2.33
Cuando hago algo bien, mis padres lo notan y están satisfechos



Fuente: *Tabla 2.6*

veces», es decir, que hay poca correspondencia entre las buenas notas y lo que los padres les regalan. Esto puede implicar que los padres se preocupan de las notas y no incentivan su conducta, o que imperan otras razones de justicia distributiva en la familia. Tal vez se trata de no premiar a quien tiene una buena nota pero que no rindió lo que su capacidad le permitía y pudiera dejar humillado, con su autoconcepto malparado, a aquel que, teniendo menos capacidad, lo dio todo y recibió una nota inferior.

Por el momento nos basta constatar que menos de la mitad responden positivamente. La media que apenas sobrepasa el punto de indiferencia, ofrece una valoración global de esta situación que por lo menos matiza ideas generalizadas en el medio ambiente y que nuestra encuesta no corrobora (*Gráfico 2.32*).

La afirmación «Cuando hago algo bien, mis padres lo notan y están satisfechos», reconfirma lo anterior, lo matiza y aun lo supera. Ya no se trata de las notas escolares sino del conjunto de la conducta del niño. Los padres, cuando el niño realiza algo bien, se dan cuenta, y además reaccionan positivamente, están satisfechos.

Nada menos que un 91,9 % están de acuerdo con esta afirmación. Sólo un 2,3 % están en desacuerdo, y, si sumamos el grupo de los que quedan indiferentes, nos encontraremos con un 8,1 %, una de las cifras más bajas. (*Gráfico 2.33*).

El niño se da cuenta de que su empeño por tener una buena conducta es observado y estimado por los padres. No sólo los padres parecen tener esta conducta adecuada de reconocer todos los esfuerzos positivos del niño sino que éste también lo percibe y aprecia.

2.9 Importancia de las cosas materiales

A nuestra época se la ha caracterizado como la del consumismo. Lo importante es tener cosas, utilizarlas, gozar de ellas. Cuando algún vecino o amigo tiene una casa, un coche, un nuevo modelo de lavadora, de televisor o de ordenador, inmediatamente surge el deseo de adquirirlo, de competir, de afirmar nuestra personalidad social comparándolo. Importa más lo que tenemos que lo que somos, sabemos y cómo nos comportamos. Esto parece que queda minusvalorado frente a la cantidad de bienes que consumimos. La economía está pendiente de los precios, lo cual es lógico, pero ese indicador de lo que consumimos, que es altamente revelador por una parte, por otra nos sitúa en la pendiente de ese adquirir más y más cosas: muchas veces no sabemos exactamente por qué ni para qué. El porqué desvela un problema de mimetismo y de propaganda, y el para qué queda diluido y a veces contrahecho en una confusa panorámica de fines y valores, poco establecida cuando no desvertebrada, en frase orteguiana.

Quizá el coche sea el símbolo más emblemático de esta civilización de consumo. Es como una afirmación de nuestra personalidad y de nuestro estatus social. Nos da la sensación de prepotencia, de que señorear los espacios y los tiempos depende sólo del acelerador. El coche caro, que normalmente es el más rápido, el más confortable, que tiene aire acondicionado, el que impresiona a los demás, el que nos da relevancia social, es un indicador de todo este mundo de consumismo, de competición, de aparecer y aparentar más.

Niños/EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
Niños					
8-10 años	15,8	17,0	20,2	13,9	33,1
+ 10 años	11,4	11,7	26,5	13,3	38,2

TABLA 2.30
¿Qué importancia tiene que tus padres tengan un coche caro? (Niños)

Niñas/EDAD	Mucha importancia	Es algo importante	Indiferente	Poco importante	Nada importante
Niñas					
8-10 años	11,0	21,3	36,0	12,7	18,9
+ 10 años	4,7	12,5	32,5	16,7	33,6

TABLA 2.31
¿Qué importancia tiene que tus padres tengan un coche caro? (Niñas)

¿Qué piensan los niños de esto, o, dicho de otro modo, qué importancia conceden a que sus padres tengan un coche caro, con el que deslumbrar a los amigos y amigas?

Una vez más nos han sorprendido los niños. A un 44,1 % les importa poco o nada que sus padres tengan un coche caro. Mucha importancia sólo se la otorgan un 10,6 %, y juntando los que le conceden poco o algo de importancia, nos encontramos con un 29,8 %, y todavía queda un 29,4 % a quienes les resulta indiferente. De cada cinco niños hay tres a los que nada les importa y sólo uno le concede mucha importancia.

El afán consumista pronto lo aprenden los niños, mas no parece ser la tendencia registrada en esta pregunta, que por supuesto requerirá mayores profundizaciones y miradas bajo ángulos diferentes, pero resulta importante constatar esta reacción de los niños ante el símbolo más brillante, más efímero, de una sociedad consumista.

¿Cómo reaccionan los niños y las niñas de menos y de más de 10 años? Veamos primero los niños.

Aunque parezca sorprendente, a los niños mayores les importa menos que a los menores que los padres tengan un coche caro. Si contemplamos las cifras extremas, que son las más reveladoras, el 15,8 % de los que le dan mucha importancia se reduce, en los mayores, a un 11,4 %, y las actitudes de rechazo, es decir, a los que nada les importa, el 33,1 % de los pequeños, pasa a un 38,2 % de los mayores (Tabla 2.30).

¿Y qué piensan las niñas del coche caro de los padres?

Los resultados son coincidentes en gran parte con los de los niños. Las niñas conceden menos

importancia que los niños al coche. Si sólo un 11 % le otorgan una gran importancia en las menores, la cifra se reduce a un escaso 4,7 % en las mayores. La oposición total ha subido de un 18,9 % en las pequeñas hasta un 33,6 % en las mayores (Tabla 2.31).

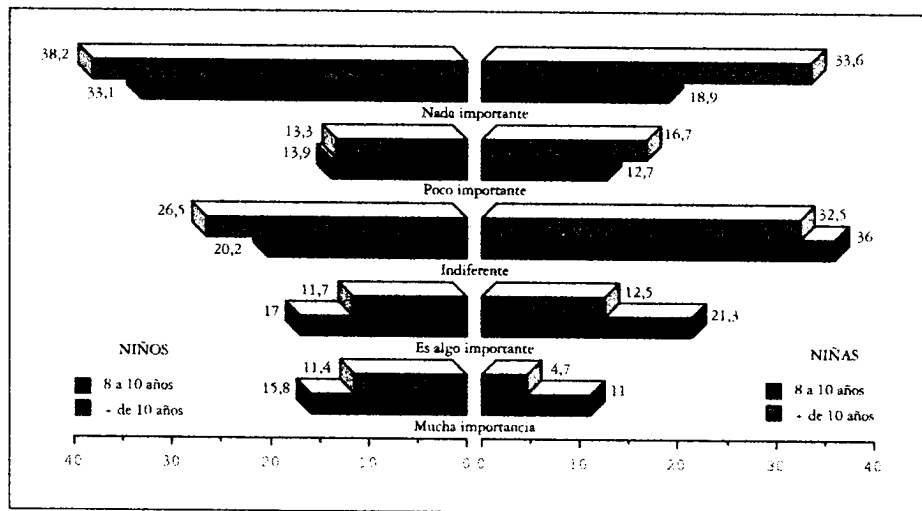
Tanto por sexo como por edades, el rechazo a esta afirmación es claro, pero lo interesante es que aumenta ese dejar de interesarse por el coche caro de papá en el pequeño grupo de los que le concedían importancia, y crece el desdén en los mayores de 10 años. Lo cual no es mal indicador de las generaciones nacientes y de sus escalas de valores.

En el tema concreto del dinero se han formulado dos preguntas, referentes a la importancia que representa para el niño tener dinero para gastar, o tener dinero para ahorrar.

En cuanto a disponer de dinero para gastarlo, el 52,7 % de los niños dicen que es muy o algo importante, en tanto que el 47,2 % se sitúan entre el punto de indiferencia o poco o nada importante. Si observamos la media que sobrepasa en poco el punto 3 de indiferencia, comprobaremos que tampoco en este ítem los niños se revelan como seguidores de esa corriente universal de consumismo, de auténtico derroche en que vivimos, y que conduce a la bancarrota a individuos, familias y naciones.

Con todo, este resultado nos ha parecido muy optimista. Incluso parece contradictorio con la experiencia elemental de cada uno. Los niños que parecen quererlo todo, lógicamente deben inclinarse por disponer del máximo dinero posible. Más todavía si se tiene en cuenta que, en esta edad, la responsabilidad en el uso del dinero es

GRÁFICO 2.34
¿Qué importancia
tiene que tus padres
tengan un coche
caro? (Niños y
niñas de 8 a 10, y
más años)



Fuente: Tablas 2.30 y 2.31

prácticamente nula. Su proceder económico se reduce a gastar cuanto les den para satisfacer sus caprichos, puesto que sus necesidades las tienen cubiertas, comprándoles la familia lo que les haga falta.

Pero aún nos sorprenden más los resultados de la cuestión siguiente: «¿Qué importancia tiene para ti el dinero para ahorrar?»

Contra nuestra hipótesis, los niños se declaran ahorradores. El 60,0 % aseguran que esto tiene «mucho importancia», y si les sumamos aquellos que consideran que tiene «algo de importancia», se alcanza el 86,7 % de la población. Entre los indiferentes y quienes le conceden poco o nada de importancia, suman el 13,3 %. La misma media es reveladora: 4,4 sobre 5. Decididamente nuestros niños están deseando ahorrar.

Para profundizar en este ítem nos preguntamos: ¿Se trata de ahorrar para lo que pudiéramos considerar como inversiones futuras: estudios, posibilidades en su día de adquirir algo como una casa, un ordenador, o sencillamente se quiere guardar para gastar en algún capricho costoso, en deslumbrar a los amigos? ¿Va haciendo mella entre nuestros niños la propaganda, especialmente de las entidades financieras? ¿Se trata de una auténtica colaboración con la economía familiar y una visión a largo plazo?

Estas interpretaciones nos parecen demasiado optimistas. No creemos que el niño haya madurado como para reaccionar contra una concepción medioambiental consumista. Pero, en cualquier caso, merece una reflexión y es un buen punto de partida para acciones futuras en el ámbito de ese ahorro, de esa capitalización que el país tanto ne-

cesita y de esa economía de austeridad que buena falta nos hace.

Hay tres ítems referentes a la ropa. Parece que el niño, cada día es más exigente. Sus caprichos los proyecta en el ámbito del vestido. Cuanto va a elegir algo, tiene una especial sensibilidad hacia las prendas más caras.

Las preguntas matizan su actitud ante el vestido. Una se refiere a usar ropa de moda. Otra de marcas conocidas, y una más de marcas caras.

En cuanto a llevar ropa de moda, sólo el 23,6 % declaran que tiene mucha importancia, y sumando los que se inclinan por darle alguna importancia, hay un 48,6 %. Ninguna importancia tiene para el 14,6 %, y añadiendo los que se muestran indiferentes o le conceden poca importancia, nos encontramos con el 51,4 %. La media de 3,3, que sobrepasa un poco el punto de indiferencia en favor de los que prefieren llevar ropa de moda, nos indica que el panorama es complejo. La pregunta, lógicamente, resulta, si no adecuada, al menos poco pertinente para aquellos que no pueden plantearse tales lujos, que no son pocos.

Seguramente podrá alegarse que gran parte de la población no está en disposición de usar ropa de moda, pero se trata de algo desiderativo. El hecho de no tener medios para seguir la moda no implica que esta ilusión no golpee las imaginaciones juveniles. Los deseos superan con mucho las capacidades y posibilidades de adquisición. Sin embargo, aquí no ha aparecido esa tendencia.

Otra cuestión ya más exigente es la de llevar ropa de marcas.

Tiene mucha importancia para el 15,5 % y nada para el 21,3 %. Lo cierto es que nos encon-

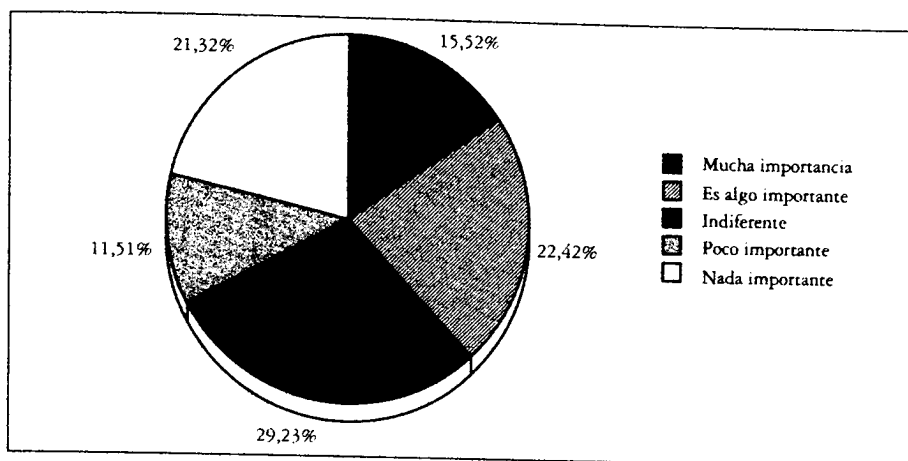


GRÁFICO 2.35
¿Qué importancia
tiene para ti usar
ropa de marcas
conocidas?

Fuente: *Tabla 2.4*

tramos con una media de 3, es decir, el perfecto punto de indiferencia, donde se equilibran los partidarios de llevar marcas conocidas y aquellos a los que les resulta indiferente o no les dan ninguna importancia o muy escasa. Hemos comprobado en nuestros hijos, en sus amigos, la fascinación por llevar alguna marca famosa, y lógicamente por exhibirla de manera ostentosa. Sin embargo, comprobamos que ha bajado ligeramente la inclinación por las marcas, respecto a llevar ropa de moda (*Gráfico 2.35*).

La tercera pregunta tiene ya un claro sentido económico: «¿Qué importancia tiene para ti usar ropa de marcas caras?»

La respuesta aquí claramente se va hacia la negativa. Mientras que mucha importancia la tiene para un 11,3 %, un 38,7 % declaran rotundamente que no sienten la menor inclinación por esto. Matizando las preferencias, nos encontramos con que se muestran indiferentes un 21,9 %. En conjunto, el 2,4 de media nos indica que hay un ligero rechazo hacia esta afirmación. Es verdad que con frecuencia, si les dejamos elegir, se deciden por lo más caro, por las ropas, vestido, calzado que superaba lo que nosotros pensábamos dedicar, pero también es cierto que los jóvenes se inclinan por esas fórmulas desenfadadas, por vestidos cómodos, incluso con un aparente desdén por el cuidado de los mayores, de ir impecables. Esa tendencia bien constatada, especialmente a partir de la adolescencia, puede explicar estos datos, que contradecían otras experiencias.

En cualquier caso parece que el tema del vestido, de la ropa, viene a confirmar la tendencia general de que el valor económico, tan predominante entre los mayores, un valor que en algún momento ha venido a considerarse como el valor

supremo, tanto en el mundo marxista como en el capitalista, hace menos mella entre los jóvenes, quienes colocan otros valores personales por encima de los valores materiales.

La siguiente cuestión ha dado resultados para nosotros mucho más sorprendentes y aun desconcertantes: «¿Qué importancia tiene tener los discos de moda en tu casa?»

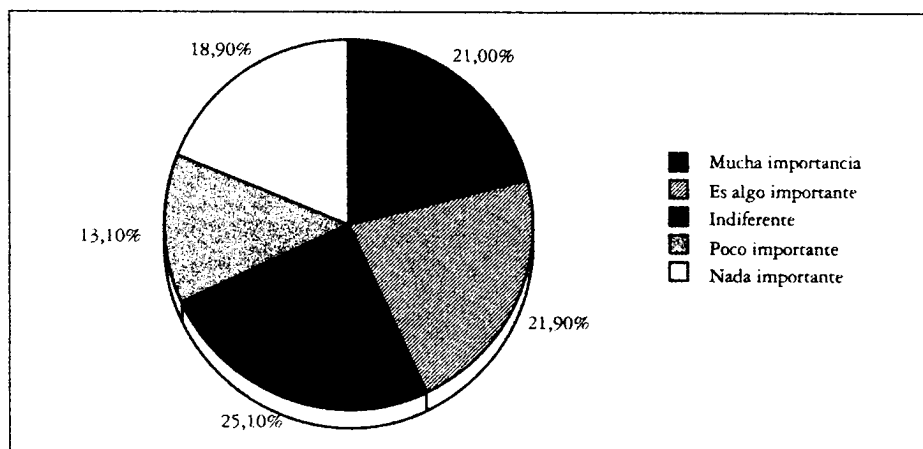
Hay casi equilibrio entre los que conceden a esto mucha importancia (21,0 %) y quienes no le otorgan importancia alguna (18,9 %). Tienen alguna ventaja quienes la estiman de alguna importancia respecto a los que le otorgan poca. El 3,1 de promedio nos indica que estamos casi en el punto de indiferencia (*Gráfico 2.36*).

Resulta sorprendente, porque uno de los «hobbies» que consumen más tiempo de nuestros jóvenes son los discos. Les gusta realizar todas las actividades escuchando los discos de sus cantantes preferidos, a veces de una manera ruidosa, incluso cuando están estudiando, con niveles de decibelios que nos impiden toda concentración, que producen estrés a los mayores y que para ellos resulta agradable y, según dicen, les facilita el trabajo.

Sin embargo, el resultado está ahí, a pesar de que parezca desconcertante. Tal vez han querido subrayar que los discos de moda les resultan menos asequibles y que se contentan con tener abundante música, sin perseguir el último número uno de las listas de éxitos. Entrevistas y encuestas aclararían ese comportamiento, que nos parece menos usual.

La pregunta sobre «¿Qué importancia tiene tener muchas cosas, aunque no las uses?» también intenta detectar algo que se les achaca con frecuencia a los jóvenes. Les reprochamos, y así lo

GRÁFICO 2.36
¿Qué importancia
tiene tener los
discos de moda en
tu casa?



Fuente: Tabla 2.4

comentamos entre nuestras amistades, que tienen muchas cosas que no usan, lo cual nos lleva a la conclusión inmediata, y no demasiado lógica, de que son unos derrochadores.

La respuesta ha sido contundente. Hay más del doble de los que indican que no tiene ninguna importancia tener cosas que no usan, (34,3 %) frente a ese 14,5 % de los que consideran que tiene mucha importancia. Indiferentes hay un 23,6 %, y superan en 6 puntos los que le conceden poca importancia a los que les dan algo de importancia. Esos 2,5 puntos de media que no alcanza ni el 3 de indiferencia indica que no les agrada esa abundancia de cosas. Tal vez el matiz «aunque no las use» ha sido determinante en las respuestas.

Esto nos lleva a dos conclusiones. La primera, que los padres probablemente se gastan inútilmente el dinero abrumando con regalos y cosas, que luego el niño no utiliza, por los que siente un completo desdén. Una mayor austeridad a la hora de los regalos, un mayor análisis de lo que realmente se prefiere y va a ser algo útil o divertido o va a utilizar el niño en lo sucesivo por encima de momentáneos mimetismos, propagandas y ajenas influencias, es algo que merece ser estudiado, no sólo para un adecuado ordenamiento de los gastos familiares y de los referentes al niño, sino también como un principio ético de un prudente, adecuado uso de recursos. Por otra parte, resulta desconcertante llenar el espacio con cosas que no se utilizan. El desorden, la distracción, la sensación de despilfarro que generan no es buena para los niños. Es importante registrar que ese afán de destacar adquiriendo, poseyendo cosas más allá de lo que responde a nuestras auténticas necesidades y sólo para impresionar a los demás, por una ingenua o estúpida

actitud de considerarse más porque se tiene más, es una vía equivocada de la que las nuevas generaciones nos están avisando el erróneo planteamiento. Los niños con una ética aún no deformada valoran las cosas que realmente se van a usar y son útiles, no aquellas que sólo sirven para la vanidad, la ostentación o el momentáneo capricho de poseerlas.

Habitualmente se escuchan afirmaciones generales que parecen traducir las valoraciones comunes en un pueblo, en un momento determinado. Por ejemplo la de que «Los ricos lo consiguen todo». Es lo que se viene a designar como su *ethos*, es decir, aquello que se estima valioso por la mayoría de las gentes.

Veamos lo que piensan los niños de estas afirmaciones que se escuchan por doquier y que parecen tener un asentimiento generalizado.

No apoyan los niños esa afirmación que tantos mayores suscribirían. Frente a un escaso 14,5 % que están muy de acuerdo, hay un 36,0 % que se inclinan por un desacuerdo total. Un 13,8 % de indiferentes y los que están en ligero desacuerdo o en desacuerdo, un 26,1 %, frente al 9,6 % de acuerdo, inclinan la balanza hacia el rechazo colectivo de esta afirmación generalizada. La media 2,4 es elocuente, e indica que repudian esa afirmación de que los ricos lo consiguen todo. Lo cual revela una sana estimativa en las nuevas generaciones (Gráfico 2.37).

La siguiente afirmación —«La felicidad sin dinero es un sueño tonto»— es posible que haya sido un poco complicada, pero se estimó conveniente porque se suele escuchar en nuestros medios.

Los niños han tenido una buena percepción de que el dinero no es el componente esencial de la

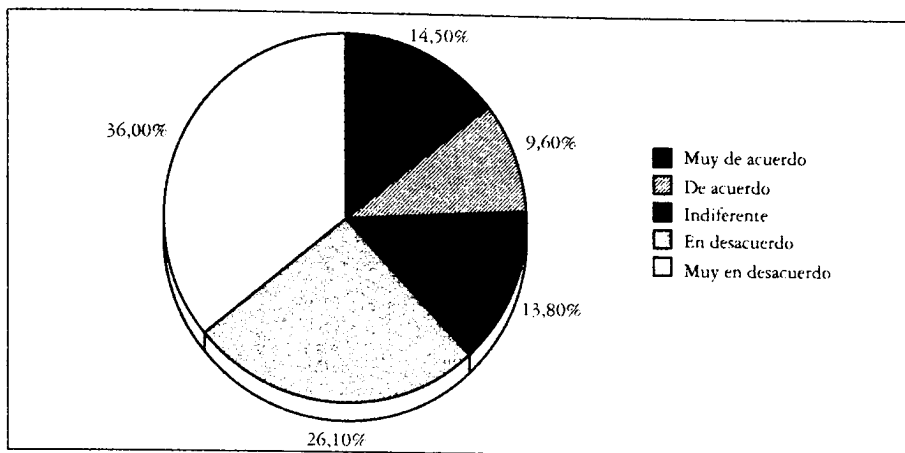


GRÁFICO 2.37
Los ricos lo consiguen todo

Fuente: *Tabla 2.5*

felicidad. Sumando los que están muy de acuerdo o sencillamente de acuerdo con tal afirmación, nos encontramos con algo menos de un 14 %, en tanto que los que muestran su desacuerdo, más o menos radical, son nada menos que el 68,9 % de la población. Y aún queda casi un 18 % de indiferentes ante tal afirmación. Hay poco más de 2 de la media sobre 5, es decir, que están en la clara zona del rechazo: los niños no aceptan esa trivial afirmación.

Veamos la última de estas tres afirmaciones, de esos tópicos, reiteradamente escuchados en nuestro medio ambiente «El dinero es lo más importante del mundo».

Aunque la media es igual que la del ítem anterior, sobrepasa en poco el 2 % y, por lo tanto, se sitúa en la zona del repudio, de no compartir tal afirmación. Los niños reaccionan más negativamente todavía que en la anterior, tal vez porque la formulación les resulta algo más familiar. El acuerdo lo manifiestan un 3,6 % escaso frente a un 41,5 % que están muy en desacuerdo. Su-

mando los acuerdos, nos dan 13,1 %, y los desacuerdos un 69,4 %, es decir, las actitudes son todavía más rotundas, más definidas que en la cuestión precedente (*Gráfico 2.38*).

Quizá con una percepción más limpia, todavía no contaminada, los niños comprenden que hay valores superiores, que el dinero es el valor instrumental típico, pero es un valor en tanto que se puede alcanzar con él valores superiores, no instrumentales, valores que tienen consistencia en sí mismos. ¿Qué valor puede tener para el niño el dinero, o un regalo, si le asedia la soledad, si se siente incomprendido por sus padres o por sus compañeros?

Cuando uno está gravemente enfermo, daría todo su haber por recuperar la salud. Los niños entienden bien que los valores personales son superiores a los materiales y todavía más al dinero, puro medio para adquirir los otros. Colocar el valor monetario por encima de los personales es un sinsentido, y los niños, dándonos una lección de jerarquía de valores, nos lo han hecho saber.

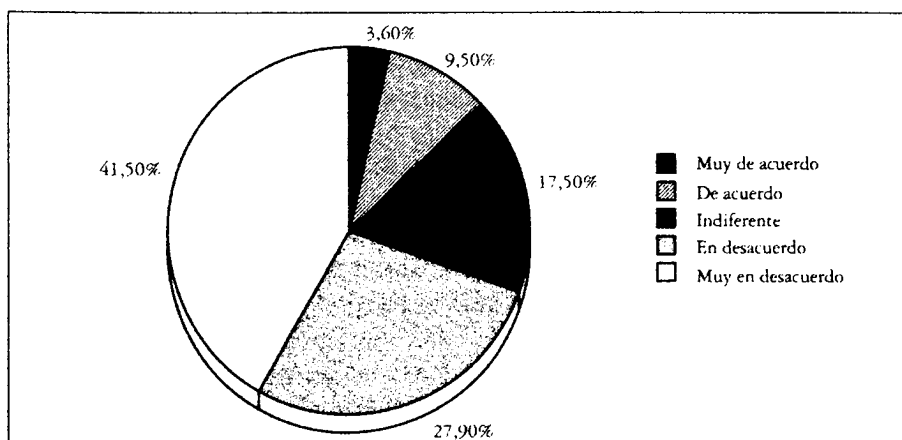


GRÁFICO 2.38
El dinero es lo más importante del mundo

Fuente: *Tabla 2.5*

TABLA 2.32
Mis padres pasan de mí (Niños)

NIÑOS/EDAD	<i>Siempre</i>	<i>Muchas veces</i>	<i>Algunas veces</i>	<i>Pocas veces</i>	<i>Nunca</i>
Niños					
8-10 años	6,0	2,2	5,4	14,2	71,8
+ 10 años	3,5	2,2	6,3	11,9	76,1

TABLA 2.33
Mis padres pasan de mí (Niñas)

NIÑAS/EDAD	<i>Siempre</i>	<i>Muchas veces</i>	<i>Algunas veces</i>	<i>Pocas veces</i>	<i>Nunca</i>
Niñas					
8-10 años	2,7	3,5	7,7	21,4	64,6
+ 10 años	1,1	1,7	7,0	14,9	75,3

2.10 Reacción de los niños ante los estereotipos familiares

Hay algunas afirmaciones generales que llamamos estereotipos porque no han sido sometidas a un análisis crítico, a una comprobación empírica, a una reflexión en profundidad y a una contrastación con datos psicossociológicos o educativos. Se escuchan, se dan por buenas y se repiten por doquier, pero sólo traducen aspectos parciales de la realidad, que se generalizan acriticamente.

Veamos algunas de éstas, que los niños suelen escuchar, y cuál es su reacción ante ellas. ¿Las aceptan sin más como algo dado a lo que se suman como una moda que se presenta como irresistible o más bien expresan su personal opinión, reaccionan según su experiencia?

Sea estereotipo o no, se ha planteado a los niños esta afirmación general: «Mis padres pasan de mí con frecuencia». La reacción es rotunda. El 71,5 % afirman que «nunca», y sólo el 3,2 % afirman que «siempre». Sumando las respuestas de «siempre» y «muchas veces», nos encontramos con casi un 6 % doloroso, si es que es así realmente. En conjunto, minúsculo, pero es problema para no desatender.

¿Es posible que los padres no tengan en cuenta a sus hijos, que «pasen» de ellos? La pura formulación resulta un ataque a la idea y al ideal de paternidad, y más aún de maternidad, que lógicamente debe inspirar las relaciones familiares.

Todavía queda un 22,8 % que dicen que «pocas» y «algunas veces», lo que puede recibir una interpretación múltiple. Tal vez los padres, abrumados por sus tareas, no dediquen al niño el tiempo que éste reclama lícitamente, el que ne-

cesita para su satisfacción y realización personal, o quizá traduce el deseo de los niños de estar recibiendo siempre la atención, el cuidado y hasta el mimo. No se trata en este momento de formular un cuadro y un código de los tiempos necesarios y del grado de atención para la maduración de su personalidad, la forja de un autoconcepto positivo, la preparación para la futura independencia y para saber que los demás no han de estar siempre pendientes de uno mismo. Pero en cualquier caso es evidente que los niños, globalmente, valoran de manera positiva la actitud de los padres. Se puede afirmar que «no pasan de ellos».

Veamos ahora lo que dicen niños mayores de 10 años o hasta esa edad.

Comprobamos que tal afirmación recibe un rechazo casi universal, y más en los que superan los 10 años. La opción de siempre, que registraba un 6,0 % en los menores de 10 años, se reduce a un 3,5 %, y el repudio radical de esa afirmación, del 71,8 % pasa la 76,1 %. La previsión optimista inicial no queda malparada por este análisis cronológico. Cuando parece que reclaman una mayor independencia, es valioso que comprendan que los padres no «pasan» de ellos, que pese a su progresivo y natural distanciamiento, los padres están pendientes de ellos (*Tablas 2.32-2.33 y Gráfico 2.39*).

¿Y qué piensan las niñas?

La tónica es parecida. Ese reconocimiento de que los padres no se alejan de uno que no están distantes, es abrumador. En las niñas que reconocen que sus padres «pasan» siempre o muchas veces de ellas, ese 6,2 % de las menores se reduce a un 2,8 % en las mayores, lo cual resulta alentador. El 64,6 % de las pequeñas afirman que nunca han comprobado que sus padres las

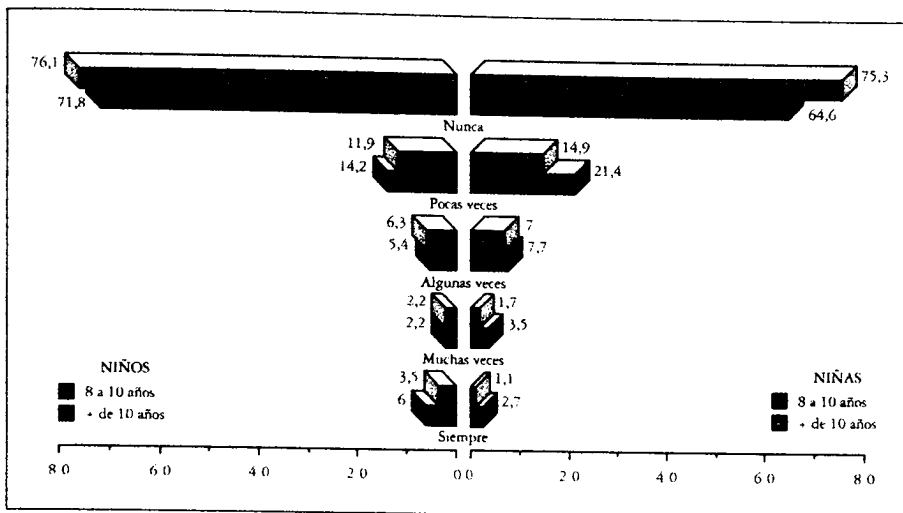


GRÁFICO 2.39
Mis padres pasan de mí (Niños y niñas, de 8 a 10 años y más)

Fuente: Tablas 2.32 y 2.33

descuiden. La cifra pasa a un 75,3 % de las mayores.

Niños y niñas menores de 10 años, o mayores, reconocen que sus padres comparten sus vidas, que no se alejan, que no pasan de lo que verdaderamente les interesa.

Los mayores no entienden nada es otra afirmación general que puede darse, especialmente en la pubertad y al comienzo de la adolescencia, cuando el deseo de independencia acepta cualquier afirmación que pudiera contribuir a esta búsqueda personal de los propios caminos.

Hay un 64,2 % en desacuerdo con esta afirmación. Sólo un 13,7 % la aceptan, y queda un 22,1 % que no se pronuncian. Esos dos tercios que valoran positivamente el comportamiento paterno, la comprensión de su realidad y sus problemas, nos mueve a una visión optimista de lo que acontece. Como siempre, tenemos ese tanto por ciento reducido, residual (13,7 %), pero digno de

atención psicosociológica y pedagógica. Habrá que analizar los problemas de los que nace ese rechazo hacia los mayores, y que les lleva a creer que «no entienden nada», que no se sitúan en su punto de vista y no les comprenden.

Un 41,4 % están de acuerdo y un 32,7 % están en desacuerdo en que «Mis padres siempre tienen razón». Queda un 25,9 % de indecisos. La media (3,2) apenas sobrepasa el punto de indiferencia. Los niños saben que los padres no tienen toda la razón, ni son la única fuente de información. Tal vez porque también la autoridad de otros mayores equilibra su influencia, o porque los medios de comunicación social no siempre coinciden con las opiniones paternas, o porque las diferencias de criterio manifestadas con más frecuencia de lo prudente resta credibilidad al padre y a la madre.

Sin embargo, se mantiene todavía ese 25,9 % que en conjunto equilibra incluso a los que se

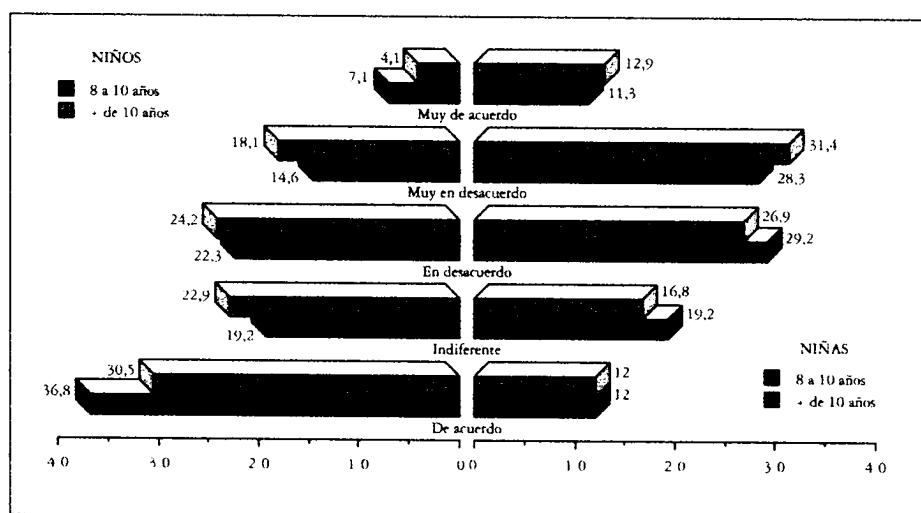
Niños/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños					
8-10 años	36,8	19,2	22,3	14,6	7,1
+ 10 años	30,5	22,9	24,4	18,1	4,1

TABLA 2.34
Mis padres siempre tienen razón (Niños)

Niñas/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niñas					
8-10 años	12,0	19,2	29,2	28,3	11,3
+ 10 años	12,0	16,8	26,9	31,4	12,9

TABLA 2.35
Mis padres siempre tienen razón (Niñas)

GRÁFICO 2.40
Mis padres siempre
tienen razón (Niños
y niñas, de 8 a 10 y
más años)



Fuente: Tablas 2.34 y 2.35

oponen a que tengan siempre razón. Por lo tanto, hay todavía una dependencia de la opinión paterna, un respeto y un reconocimiento de que cuando toman decisiones o expresan opiniones, los padres suelen acertar (Tablas 2.34 y 2.35, y Gráfico 2.40).

Ahora analicemos las respuestas estadísticamente significativas en razón del sexo y de la edad. ¿Qué piensan los niños?

Una vez más los resultados nos han sorprendido, porque prácticamente los niños de más de 10 años siguen manteniendo las mismas opiniones, la misma dependencia del juicio de los padres que los menores. Es cierto que ha habido un ligero descenso. Sumando los acuerdos, la diferencia sólo es de 3 puntos, 56,0 % entre los menores y 53,4 % entre los mayores, puntos que van a la reacción de indiferencia o de no saber qué pensar, puesto que el nivel de desacuerdo se mantiene alrededor del 22 %. Es decir, sólo 1/5 de la población sean mayores o menores de 10 años, no están de acuerdo en que los padres siempre tienen razón. Hay, pues, una subordinación a los juicios paternos. Probablemente también porque los padres actuales, más dialogantes, más comprensivos, no imponen su opinión de una manera autoritaria como hemos comprobado en otros ítems, y por lo tanto confían en su razonable actitud, ante opiniones diferentes y divergentes.

¿Y qué piensan las niñas?

En las niñas se da una reacción más negativa ante esta idea de que los padres siempre aciertan. Hay una gran diferencia tanto entre las menores como en las mayores de 10 años. Sólo alrededor del 30 % de las niñas (frente al 55 % de

los niños), están seguras de que sus padres siempre tienen razón, y alrededor del 42 % rechazan esta idea, frente al 23 % de los niños aproximadamente. Datos sorprendentes, que merecerían una comprobación ulterior.

Integrando estos resultados con los de otros ítems, con nuestra experiencia personal y con otras investigaciones, parece que la explicación más razonable es que las niñas maduran antes y, por lo tanto, a pesar de una mayor vinculación afectiva, de un cariño que dan y que necesitan superior a los niños, sin embargo comprenden cuando los padres no tienen razón, o al menos tienen más sensibilidad para detectar las discordancias con sus propios juicios. O tal vez porque necesiten esta mayor entrega y afecto, la dedicación de los padres a otras tareas, su no exclusiva dedicación a ellas, lo acusan más y extrapolan este tiempo que reclaman y que no tienen, en la línea de los menores aciertos de los juicios de sus progenitores.

He aquí, por último, otra afirmación ya menos rotunda y descalificadora, la de que «los mayores van a lo suyo», es decir a lo que les interesa, con descuido de los demás y de lo demás. Parece indicar la pregunta una polarización excesiva hacia su profesión, hacia su «hobby», con descuido de la atención a sus hijos, que es lo que ellos más directamente pueden percibir (Gráfico 2.41).

No es fácil interpretar este «a lo suyo» ni en el sentido semántico de lo que se viene entendiendo cuando se formula tal expresión, ni lo que los niños han captado, pero sospechamos que se trata de esa excesiva focalización hacia los propios gustos, descuidando los del resto de la familia, y con-

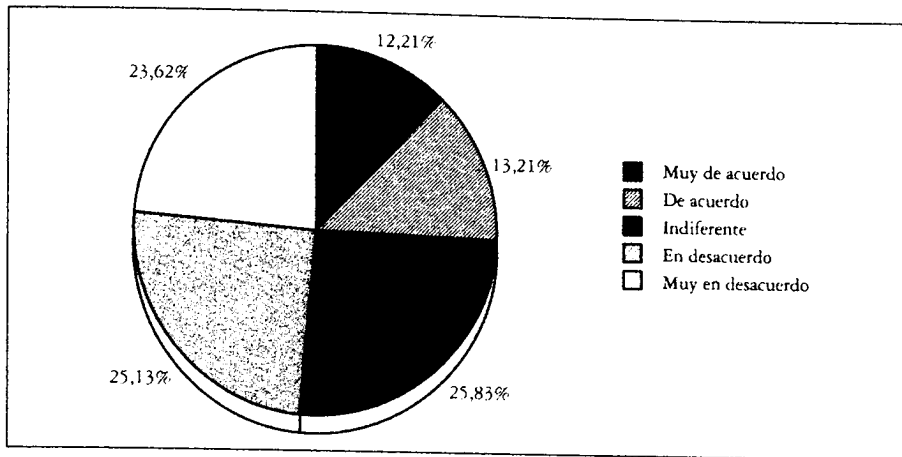


GRÁFICO 2.41
Los mayores van a lo suyo

Fuente: *Tabla 2.5*

cretamente de los niños. Nos encontramos con un 48,7 % que están en desacuerdo. La mitad de los padres no parecen anteponer sus preocupaciones e intereses a sus obligaciones familiares. Sólo una cuarta parte suscriben esta afirmación. Otra cuarta parte se quedan indecisos y no saben exactamente qué pensar.

Dadas las múltiples interpretaciones posibles y que efectivamente los padres, los mayores, están preocupados por sus problemas económicos, políticos, sociales o tantos otros, la afirmación pudiera no resultar grave desde el punto de vista psicológico, sociológico y educativo, o también puede interpretarse que, al menos según la percepción de los niños, no ven claro el interés de los padres, si no responden a sus demandas de comprensión, cariño, actividades conjuntas y ocios compartidos.

2.11 Valoración general de la vida familiar

Comprendemos en este apartado aquellas preguntas englobantes que ofrecen una visión más comprensiva de la totalidad de las reacciones del niño ante la familia.

Las siguientes cuestiones pueden revelar la estimación general que el niño hace de la vida familiar, como: si se le trata bien, si se atreve a hablar confiadamente con sus padres, si les plantea sus problemas, si los padres tienen una actitud de dureza más bien que de comprensión, si confía en la familia y ésta en él.

¿Sienten que sus padres son demasiado severos? El 71,2 % piensan que no. Continuamos con

esta imagen positiva, de buenas relaciones familiares. Sólo un 11,9 % afirman que son demasiado severos y un 16,9 % no se atreven a contestar. No es, pues, mala la impresión que tienen los niños de los padres. Se trata además de la percepción de los propios sujetos que la sufren.

Hoy, un 11,9 % dicen sufrir esa severidad. El problema es reducido, minoritario, pero reclama una investigación de sus causas y la terapéutica más adecuada. Esto es una tarea necesaria de pedagogía familiar.

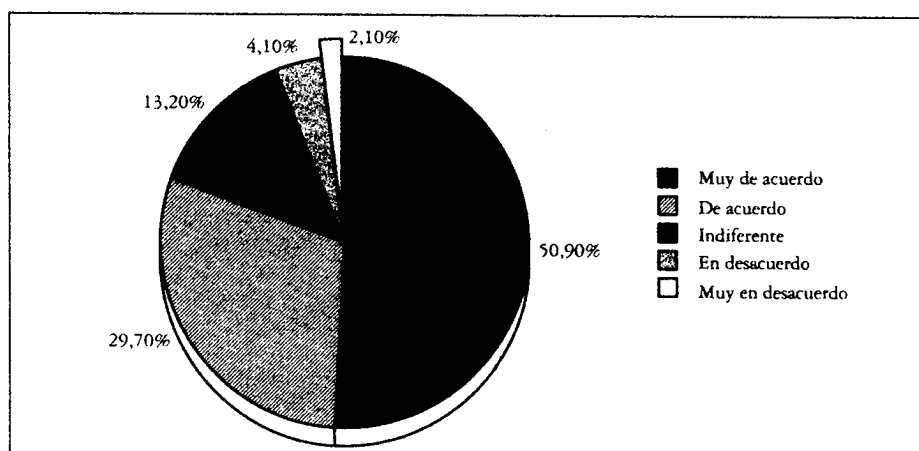
El hecho de que 4/5 partes aseguren que recurren a sus padres cuando se encuentran con problemas, sigue corroborando una vez más el buen nivel de las relaciones paternofiliales.

Se tiene la impresión generalizada de que el niño recurre más a sus amigos, para explayarse, contarles sus preocupaciones o que le orienten en sus dudas, o tal vez a profesores en el colegio, o a algún pariente con quien tenga confianza.

La autoridad paterna, que como protectora ejerce un papel y una influencia indudable, es reconocida y estimada.

Sin embargo, se suele pensar que la profunda comunicación personal, las preocupaciones que nos embargan, la verdadera intimidad, la evitan, porque la autoridad paterna impone respeto. Ante ella no quieren que quede malparada su imagen. Prefieren que no se enteren de sus fallos, deficiencias y aun dudas. Pero en nuestra encuesta no ha sido así. Esta previsión ha sido desmentida de una manera rotunda. El hecho de que sólo un 6,2 % estén en desacuerdo y que haya una media muy alta que sobrepasa el 4, es decir, que ya están en la banda del «muy de acuerdo», todo corrobora esa confianza para recurrir a los padres en los momentos difíciles (*Gráfico 2.42*).

GRÁFICO 2.42
Cuando tengo problemas recurro a mis padres



Fuente: Tabla 2.6

Un síntoma del funcionamiento familiar adecuado es el de la fluida comunicación de padres e hijos que hablan sin reservas, que se ofrecen sus experiencias, y los hijos consultan cuantas cuestiones les asedian. A veces se oye «no me atrevo a hablar con mis padres». ¿Es ésta una impresión generalizada, o se trata de hechos puntuales con menos extensión de lo que aparentan? Un 74,8 % desautorizan esta expresión, y sólo un 12,6 % están de acuerdo con ella, posiblemente porque traduce sus experiencias.

Queda un tanto por ciento similar de los indiferentes. Con estos resultados no se puede generalizar que los niños no se atreven a hablar con los padres y que se comunican con dificultad. Los hechos escandalosos, los informes de situaciones auténticas de aislamiento y aun de conflicto, pierden de vista el conjunto, y dan una impresión equivocada de lo que acontece en la mayoría de los casos.

Se mantiene la tónica general también en este indicador concreto. Es buena la relación de pa-

dres e hijos españoles, pero queda abierta la cuestión de ese tanto por ciento de incomunicados que, aunque reducido, es preocupante.

El ítem «Mis padres son duros conmigo» reconfirma el anterior y nos ofrece una panorámica parecida. ¿Sienten los niños que los padres actúan con dureza con ellos?

Que los padres son «siempre» duros con ellos lo confiesan un 3,3 %. «Muchas veces», cuenta con una proporción similar. Ese número limitado (6,5 %) de niños maltratados habitualmente es un elemento que merece un estudio en profundidad.

Un elevadísimo promedio favorable hacia la afirmación de que «Mis padres me tratan bien» (96 %) y un insignificante 1 % de los que se oponen es una prueba de que las relaciones familiares tienen un carácter altamente positivo. Los índices negativos o de indiferencia son tan bajos que —sin olvidar que en ciertos casos hay problemas que reclaman terapéutica de situaciones límite— descubren un panorama que supera las previsiones más optimistas en este ítem concreto.

TABLA 2.36
Cuando las cosas van mal, mi familia siempre está conmigo (Niños)

Niños/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niños					
8-10 años	63,5	23,6	7,5	2,5	2,8
+ 10 años	66,1	23,1	6,0	2,2	2,5

TABLA 2.37
Cuando las cosas van mal, mi familia siempre está conmigo (Niñas)

Niñas/EDAD	Muy de acuerdo	De acuerdo	Indiferente	En desacuerdo	Muy en desacuerdo
Niñas					
8-10 años	56,3	31,3	9,0	1,7	1,7
+ 10 años	60,3	27,9	8,5	2,0	1,4

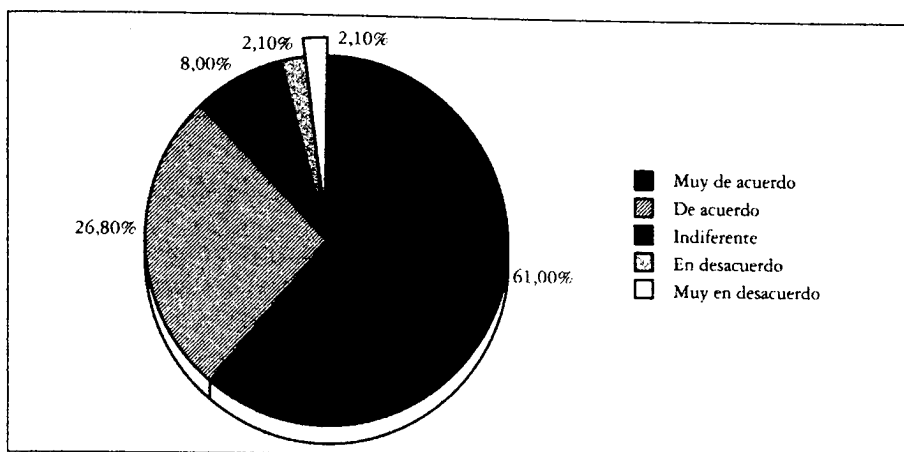


GRÁFICO 2.43
Cuando las cosas van mal, mi familia siempre está conmigo

Fuente: *Tabla 2.6*

Quando el niño siente que los acontecimientos le son adversos, ¿la familia comparte sus preocupaciones, está con él? Nada menos que un 87,8 % encuentran este apoyo familiar. Sólo un 4,2 % no viven tal experiencia, situación que habría que eliminar. Pero considerada la cuestión en su generalidad, la respuesta es ciertamente muy positiva (*Gráfico 2.43*).

Veamos las contestaciones en función del sexo y de la edad.

¿Cuál es la respuesta de los niños?

Las respuestas abrumadoramente positivas se siguen acentuando ligeramente en los mayores. El 87 % están de acuerdo o muy de acuerdo con tal situación, y aumenta en casi 3 puntos a partir de los 10 años. Perciben que la unidad familiar es algo consistente, que los padres son vistos como una roca a la que recurrir en los momentos graves. Es buena cosa que cuando los jóvenes van a entrar o ya están en la adolescencia e inician la

aventura de los nuevos horizontes a los que inevitablemente les impulsa su naturaleza, encuentren un ancla segura en la vida familiar.

¿Y qué opinan las niñas?

Las respuestas son parecidas a las de los niños, con un claro reconocimiento del apoyo familiar. Es una garantía y un norte valoral cuando se entra en los turbulentos momentos de la adolescencia (*Tabla 2.37*).

«En la familia se puede confiar»: la respuesta es abrumadora en este indicador. El 92,3 % de los niños afirman que en la familia se puede confiar. Sólo un 2,3 % no lo suscriben. Esto nos permite matizar otras respuestas negativas más elevadas. Pero, cuando el niño comprende que se puede fiar de su familia, lo fundamental está salvado. Ese 2 %, incluso sumando los que figuran en el cuestionario como indiferentes o que indecisos, o que no saben qué responder, o que no tienen un juicio claro, no alcanzaría el 8 %, lo que sociológica-

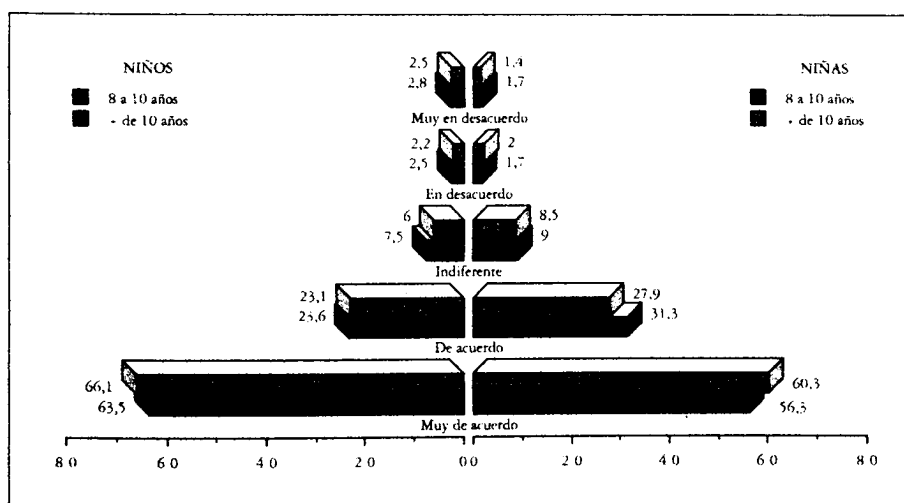


GRÁFICO 2.44
Quando las cosas van mal, la familia siempre está conmigo (Niños y niñas, de 8 a 10, y más años)

Fuente: *Tablas 2.36 y 2.37*

mente es una situación buena, excelente, aunque lógicamente el hecho de que esa pequeña proporción no confíen en su familia, merece un cuidadoso estudio.

Cerramos la interpretación de las respuestas que los niños han dado en torno a las diversas cuestiones con las que pretendemos desvelar la situación familiar, al menos tal y como ellos la viven y lo han manifestado a través del cuestionario. Nada menos que un 97,9 % sienten que la familia, de un modo u otro, les ayuda.

Sólo queda un 0,5 % de los que resisten a creerlo, tal vez porque los han rechazado, tal vez porque nunca se la han ofrecido. Es una familia que

no tiene nada de tal. Tan impresionante reacción positiva es esperanzadora. Aun sumando los que figuran como indiferentes, que no saben qué responder, nos encontramos sólo con un 2,0 %. La media de 4,7 puntos no se ha alcanzado en ningún otro ítem.

En conjunto, podemos afirmar que el niño percibe que la familia tiene grandes valores, que encuentra en ella la comprensión, el cariño, el cobijo que desee, pero a la vez se han revelado aspectos que merecen un estudio en profundidad, y emprender las medidas oportunas para optimizar una situación que, como todo lo humano, siempre tiene un horizonte sin fin de perfectibilidad.